

**Los superhéroes
de la democracia**

José Luis Trueba Lara



Todo por una hoja

Esther Charabati



Votar o qué onda

René Avilés Fabila



**Los pollos pelones
y la democracia**

Eugenio Aguirre





CONSEJO GENERAL DEL INSTITUTO ELECTORAL DEL DISTRITO FEDERAL

CONSEJERA PRESIDENTA: BEATRIZ CLAUDIA ZAVALA PÉREZ
CONSEJEROS ELECTORALES: GUSTAVO ANZALDO HERNÁNDEZ
FERNANDO JOSÉ DÍAZ NARANJO
ÁNGEL RAFAEL DÍAZ ORTIZ
CARLA A. HUMPHREY JORDAN
YOLANDA C. LEÓN MANRÍQUEZ
NÉSTOR VARGAS SOLANO

SECRETARIO EJECUTIVO: SERGIO J. GONZÁLEZ MUÑOZ

REPRESENTANTES DE LOS PARTIDOS POLÍTICOS

Partido Acción Nacional	Propietario: JUAN DUEÑAS MORALES Suplente: ELSY LILIAN ROMERO CONTRERAS
Partido Revolucionario Institucional	Propietario: MARCO ANTONIO MICHEL DÍAZ Suplente: GUSTAVO GONZÁLEZ ORTEGA
Partido de la Revolución Democrática	Propietario: MIGUEL ÁNGEL VÁSQUEZ REYES Suplente: JOSÉ ANTONIO ALEMÁN GARCÍA
Partido del Trabajo	Propietario: ERNESTO VILLARREAL CANTÚ Suplente: ÓSCAR FRANCISCO CORONADO PASTRANA
Partido Verde Ecologista de México	Propietaria: ZULY FERIA VALENCIA Suplente: HUGO BALDERAS ALFONSECA
Convergencia	Propietario: ÓSCAR OCTAVIO MOGUEL BALLADO Suplente: HUGO MAURICIO CALDERÓN ARRIAGA
Nueva Alianza	Propietario: ADOLFO ROMÁN MONTERO Suplente: SARA PÉREZ ROJAS
Partido Socialdemócrata	Propietario: FRANCISCO NAVA MANRÍQUEZ Suplente: ANA KARINA SOLANO GÓMEZ

INTEGRANTES DE LOS GRUPOS PARLAMENTARIOS CON REPRESENTACIÓN EN LA ASAMBLEA LEGISLATIVA DEL DISTRITO FEDERAL

Partido Acción Nacional	Propietaria: KENIA LÓPEZ RABADÁN Suplente: JORGE TRIANA TENA
Partido Revolucionario Institucional	Propietario: JORGE FEDERICO SCHIAFFINO ISUNZA Suplente: MARTÍN CARLOS OLAVARRIETA MALDONADO
Partido de la Revolución Democrática	Propietario: JUAN CARLOS BELTRÁN CORDERO Suplente: BALFRE VARGAS CORTÉS
Nueva Alianza	Propietario: XIUH GUILLERMO TENORIO ANTIGA Suplente: GLORIA ISABEL CAÑIZO CUEVAS
Coalición Parlamentaria Socialdemócrata	Propietario: RAÚL ALEJANDRO CUAUHTÉMOC RAMÍREZ RODRÍGUEZ Suplente: LEONARDO ÁLVAREZ ROMO
Coalición Parlamentaria de Izquierdas	Propietario: JUAN RICARDO GARCÍA HERNÁNDEZ Suplente: ENRIQUE PÉREZ CORREA

Los superhéroes de la democracia

José Luis Trueba Lara

9



Todo por una hoja

Esther Charabati

33



Votar o qué onda

René Avilés Fabila

57



Los pollos pelones y la democracia

Eugenio Aguirre

89

Óscar de la Borbolla
Coordinador

Colección de cuentos *Abriendo Brecha*



COMISIÓN DE CAPACITACIÓN ELECTORAL Y EDUCACIÓN CÍVICA

PRESIDENTA

Consejera electoral YOLANDA C. LEÓN MANRÍQUEZ

INTEGRANTES

Consejero electoral ÁNGEL RAFAEL DÍAZ ORTIZ

Consejero electoral NÉSTOR VARGAS SOLANO

Dirección Ejecutiva de Capacitación Electoral y Educación Cívica

LAURA REBECA MARTÍNEZ MOYA, directora ejecutiva

Corrección de estilo: Nilda Ibareguren, analista correctora de estilo

Formación: Susana Cabrera, jefa del Departamento de Diseño y Producción

Ilustración: Kythzia Cañas, analista diseñadora

Autores: José Luis Trueba Lara, Esther Charabati, René Avilés Fabila,
Eugenio Aguirre

D.R. © Instituto Electoral del Distrito Federal

Dirección Ejecutiva de Capacitación Electoral y Educación Cívica

Huizaches 25, colonia Rancho Los Colorines, delegación Tlalpan

14386 México, D.F.

www.iedf.org.mx

Ira. edición, septiembre de 2009

ISBN: 968-5505-49-7 (colección)

ISBN: 978-607-7582-17-5

Impreso y hecho en México

Lo expresado en esta obra es responsabilidad exclusiva de los autores.

Ejemplar de distribución gratuita, prohibida su venta.

ISBN para versión electrónica: 978-607-7582-47-2
--

PRESENTACIÓN

Democracia es el concepto que más se escucha actualmente en el mundo. Se habla de “decisiones democráticas”, de “relaciones democráticas”, de personas que tienen o no tienen “una actitud democrática”: es el concepto central del siglo XXI. Así, la democracia es hoy en todos los países más, mucho más que una forma de gobierno; es –como bien lo señala, desde 1917, el Artículo Tercero de nuestra Constitución– “una forma de vida”.

Por ello, me parece tan digno de aplauso que el Instituto Electoral del Distrito Federal se comprometa, además de cumplir con las arduas tareas que tiene como autoridad electoral, con la for-

mación del espíritu democrático que, finalmente, es lo que hace posible el altísimo propósito constitucional de hacer de la democracia una forma de vida.

La presente antología de *Abriendo Brecha* se suma a esta meta, pues una de las maneras, quizá la mejor de ellas, para que los jóvenes hagan suyos los valores de la democracia es mostrándolos en un contexto literario.

Cada uno de los cuatro cuentos de esta antología aborda a su manera situaciones de la vida real en las que la solidaridad, el respeto a la diferencia, la tolerancia, la justicia, la libertad, la honestidad, etc., juegan un papel decisivo. Los protagonistas de estos cuentos son niños y jóvenes cuyos problemas y preocupaciones son los mismos de muchos niños y jóvenes mexicanos de hoy. Los autores, todos ellos escritores maduros, han recreado escenas vivas en las que los lectores podrán reconocerse.

José Luis Trueba Lara, en su cuento *Los superhéroes de la democracia*, nos lleva al mundo infantil donde, por un lado, se fantasea con los superhéroes de las tiras cómicas y las caricaturas y, por el otro, se tiene que aprender a sobrevivir en las

duras condiciones reales de la infancia. Al leer este cuento se comprende, por las acciones que realizan sus protagonistas, que los verdaderos superhéroes son los niños.

Esther Charabati, por su parte, con *Todo por una hoja*, nos permite comprender, a través de múltiples voces adolescentes, uno de los más preocupantes problemas de esa edad: ser aceptados o rechazados por el grupo y, sobre todo, lo que implica una y otra posibilidad.

René Avilés Fabila, en su cuento *Votar o qué onda*, nos muestra la evolución de un heterogéneo grupo de adolescentes frente al asunto de votar o no votar, y con este dilema no sólo se debate la importancia del sufragio, sino de una buena parte de los ingredientes de la vida.

Finalmente, Eugenio Aguirre, en su cuento *Los pollos pelones y la democracia*, nos ofrece un recuerdo de su adolescencia que permitirá al lector comparar el presente con el pasado a partir de la ultrajante práctica de la novatada en las escuelas.

Para mí ha sido muy gustoso reunir para este volumen de *Abriendo Brecha* a un conjunto de escritores amigos; pues platicamos y planeamos los cuentos con la intención de ofrecer a los jóve-

nes lectores un espejo donde pudieran verse; verse y reconocerse; reconocerse y comprenderse; discernir el contorno de las situaciones que viven. Estos cuentos constituyen una invitación a pensar y, simultáneamente, una posibilidad de que los jóvenes revisiten su vida, pues, en efecto, la democracia es, además de una forma de gobierno, una forma de vida.

Óscar de la Borbolla

Los superhéroes de la democracia

José Luis Trueba Lara

NACIÓ EN LA Ciudad de México en 1960. Es escritor, editor, investigador y profesor universitario. Realizó estudios de profesor de educación básica, sociología, filosofía de la ciencia, historia y ciencia política. En 1986 recibió el Premio Nacional de Fomento a la Lectura.

Ha colaborado como articulista y editorialista en distintos periódicos (*El Nacional*, *La Jornada*, *Unomásuno*) y colaborado en varios suplementos culturales (*Sábado*, *Lectura*), así como en revistas especializadas (*Información científica y tecnológica*, *Ciencia y desarrollo*). Ha publicado numerosos libros dedicados a la historia, la filosofía, el análisis político, la divulgación de la ciencia y la filosofía, así como antologías y adaptaciones. Entre sus obras más recientes destacan *La tiranía de la estupidez*, *Masones en México* e *Historia de la sexualidad en México*.

Actualmente se dedica a la edición, la docencia y la escritura. Labora en la Universidad Tecnológica de México, de la cual es profesor emérito. De manera paralela a sus actividades docentes ha ocupado puestos gerenciales, directivos y de asesoría en distintas empresas públicas y privadas, entre las que destacan el Fondo de Cultura Económica y el Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.

Roberto no tenía mucho de dónde escoger. El cambio de casa y la nueva escuela resultaron abominables. Las pruebas incontrovertibles de tan lamentables acontecimientos estaban a la vista de cualquier persona en su sano juicio; para comprobarlas más allá de cualquier duda razonable, lo único que se necesitaba era mirar con cierto detenimiento a los compañeros de clase: La Chiquis de los Monteros era fea pero viril. Sus mayores méritos quedaron demostrados cuando Roberto entró al salón y, durante unos instantes, se quedó parado como lelo: ella se le quedó viendo, se levantó de su mesabanco, caminó hacia él casi arrastrando los brazos y, sin más ni más, lo retó a unas vencidas. Roberto, luego de pujar durante unos segundos, perdió irremediablemente. Los compañeros sólo los observaban por obligación: ninguno había derrotado a

La Chiquis de los Monteros en las vencidas. En realidad tuvo suerte, pues el galán de La Chiquis era, ni más ni menos, El Tractor Ramírez: un tipo fuerte, violento y absolutamente incapaz de entender algo que estuviera más allá de los combates de la Triple A. Si Roberto hubiera cometido el error de vencer a La Chiquis –posibilidad casi imposible, por supuesto–, El Tractor habría tomado represalias sin tentarse el corazón. Así las cosas, la situación estaba resuelta de antemano: era mejor ser un lúser que verse obligado a liarse a golpes con un gorila rasurado.

La Barbie Sánchez –aunque estaba bastante bien a pesar de los rayos güeriverdes que le brotaron en la cabeza gracias al peróxido– tampoco era una buena opción para hacer migas: ella estaba convencida de que ninguno de los alumnos (salvo Carlos Ramiro José Eduardo) tenía derecho a dirigirla la palabra, y, por supuesto, tampoco podían mirarla. Claro que esta norma, a primera vista inflexible, cambiaba cuando La Barbie requería del apoyo de un sinnombre. Así, después de una sonrisa irresistible y falsamente prometedora, nunca faltaba quien le hiciera la tarea, le cargara los bultos, le fotocopiara un acordeón para regalárselo

como prenda de amor, la dejara copiar en un examen o emprendiera cualquiera de las labores que La Barbie Sánchez no tenía ganas de llevar a cabo. Para ella era claro que todos sus compañeros eran nacos, pobres, feos y terminarían sus días en algún lugar horripilante. La primera vez que Roberto la oyó hablar no le quedó ninguna duda de sus sesudísimas hipótesis: “¡Hazte a un lado hijo de gata!”, le dijo a un sinnombre que estaba sacando un libro de su mochila y que, debido a esta terrible acción, osó estorbar durante unos instantes su luminosísimo paso entre las filas de bancas. Por su parte, Carlos Ramiro José Eduardo era la versión femenina de La Barbie Sánchez; al parecer, lo único que los hacía diferentes era el modelo de su celular: el de Carlitos era rosa-pink-de-niña y el de ella negro, como su humor.

El Frijol y su Gorgoja tampoco eran una opción digna de ser considerada para una amistad a corto, mediano o largo plazo: ambos tenían las terribles costumbres de exigir que los profesores revisaran o recogieran la tarea al iniciar la clase, que hicieran exámenes cada tercer día y que, de ser posible, dejaran algunos trabajos adicionales. Su actuar era más o menos obvio: los lentes más poderosos que un telesco-

pio y capaces de ver el futuro, las mochilas que pesaban tonelada y media, y los libros que enseñaban cómo ser líder en una docena de pasos o revelaban los secretos del éxito en tres decenas de recetas, provocaron daños irreversibles en sus influenciables personalidades. La duda era imposible: cuando ellos crecieran trabajarían como capataces en alguna fábrica de nombre impronunciable o en una suerte de campo de concentración. Sin embargo, gracias a sus esfuerzos y sus ideas filosóficas del tipo de “el que persevera alcanza” o “el éxito es noventa y nueve por ciento sudor y uno por ciento inspiración”, ambos lograron conquistar el corazón de algunos profesores, aunque a veces –cuando los maestros tenían una notorísima flojera– les caían bastante mal sus exigencias de trabajos forzados.

Roberto tenía razón: el cambio de casa y la nueva escuela eran a-bo-mi-na-bles.

Luego de su derrota a manos de La Chiquis de los Monteros, Roberto caminó hacia la parte trasera del salón. A cada paso que daba, El Tractor gritaba lúser-lúser, y con su sola mirada obligó a los

demás a sumarse al coro: unirse a los aullidos era mejor que aguantar un golpe. Roberto dio once pasos, llegó a la última banca y, antes de dejarse caer, escuchó el último lúser. Se frotó la cara y descubrió que, a partir de ese momento, su posición en la cadena alimenticia había quedado definida: no formaba parte de los seis predadores, tampoco pertenecía a los sinnombre, quienes –luego de innumerables desgracias– habían aprendido a asumir su condición o, por lo menos, intentaban escapar de los maltratos mediante algunas tretas más o menos elementales. Uno de ellos, fanático de *Jurassic Park*, estaba firmemente convencido de que, si se quedaba inmóvil, El Tractor nunca lo vería y podría escapar sin lesiones; lamentablemente, estaba equivocado: el predador tenía mejor vista que un T-Rex. Roberto estaba más abajo, en el último eslabón, en la última silla, que estaba aislada por tres mesabancos que se desocuparon en el preciso instante en que se sentó.

Por suerte, entró uno de los profesores y, sin darse cuenta de que él era un recién llegado, empezó a dar clase después de estrellar el metro en su escritorio: antes de comenzar había que recordarles a los predadores quién mandaba a partir de

ese momento. Roberto no supo de qué trató la clase: los siguientes cincuenta minutos los pasó viendo a través de la ventana y observando a sus compañeros. Claro, no ocurrió nada digno de ser recordado más allá de un instante, aunque una señora cargando las bolsas del mandado, un cartero sin perro, El Tractor picándose la nariz y La Barbie observándose en un espejito eran muchísimo más interesantes que los densísimos discursos del maestro y los atinadísimos comentarios de El Frijol y su Gorgoja. El profesor dictó la tarea y se fue sin más ni más. Luego siguieron otros tres y pasó exactamente lo mismo, sólo logró un nuevo descubrimiento: La Chiquis de los Monteros también se metía el dedo en la nariz, se sacaba los mocos, los observaba con lujuria y se los comía después de quitarle el vellito que tenían enredado. En el descanso, Roberto optó por refugiarse en un pasillo casi solitario y se comió su torta. Le supo amarga. Tenía ganas de irse, pero todavía seguían tres clases y él estaba seguro de que nada, absolutamente nada, mejoraría en alguna de ellas. Y no se equivocó.

—¡Qué me ves chinche lúser!, ¿no te gustó?, ¿quieres acompañarlo?

Roberto optó por quedarse callado y bajar la mirada. Después de casi una semana en la nueva escuela se había convertido en un fantasma: desde el jueves se sentía transparente o, por lo menos, parcialmente invisible. A estas alturas, no tenía el ánimo ni la fuerza necesarios para enfrentarse al Tractor, y por supuesto que tampoco tenía ganas de acompañar al sinnombre que terminó metido de cabeza en un tambo de basura. Sin embargo, cuando el gorila rasurado se alejó lo suficiente, Roberto tomó una decisión que podría ser arriesgada: ayudar al sinnombre a salir del atolladero. Las labores de rescate estuvieron a punto de ser un éxito, pero el tambo se cayó, el sinnombre recibió un golpe adicional en la cabeza y, cuando logró salir, tenía el suéter del uniforme manchado de aguacate prieto.

—Gracias —dijo el sinnombre, mientras trataba de limpiarse con muy poca fortuna, pues la mancha sólo se volvió mucho más grande.

—Sale —respondió Roberto, pensando que le daría pie para iniciar una conversación, pero el diálogo no llegó muy lejos.

—Gracias, pero me voy, tengo que resolver los problemas de mate y pasárselos a La Barbie Sánchez. Ya ves cómo es esto: yo tengo que tener dos equivocados y ella ninguno.

—Oye, pero...

—Bayk.

Unos cuantos días después logró platicar con el sinnombre que sacó del tambo de basura. Era la primera vez que podía cruzar palabra con alguien en la nueva escuela. El sinnombre lo puso al corriente de cómo funcionaban las cosas y de los peligros que acechaban en los pasillos y las casas del rumbo: Bernardo estaba convencido de que la maestra de español era extraterrestre y se desayunaba a los alumnos, juró que los fabricantes de videojuegos habían inventado mosquitos robots que picaban a los niños que tenían pesadillas para crear sus argumentos, y que en la escuela no existía absolutamente ninguna posibilidad de sobrevivir: El Tractor y La Chiquis de los Monteros obligaban a todos a hacer lo que ellos querían a fuerza de golpes, La Barbie Sánchez era una mantis religiosa que se ali-

mentaba de los hombres (él lo sabía en carne propia después de hacerle la tarea de mate durante tres largos meses) y El Frijol y su Gorgoja se aprovechaban de todos para sacar mejores calificaciones.

—Estamos perdidos —le dijo, después de terminar la enumeración de las desgracias.

—Sipi —respondió Roberto, con la seguridad de que por fin había encontrado a alguien cuerdo en esa escuela.

—Deberíamos hacer algo.

—Sipi.

—¿No sabes decir otra cosa?

—Nopo.

Bernardo, plenamente convencido de que su interlocutor había quedado dañado por sus asombrosísimas revelaciones, no tuvo más remedio que pararse, jalarlo un poco y llevárselo a la cooperativa: un refresco gourmet lo sacaría del marasmo.

—Dos esprait por favor.

La revuelta contra los predadores empezó como un chispazo. Cuando Bernardo y Roberto analizaban cuidadosamente la psicología de las únicas

personas que podían salvarlos de sus desgracias, cayeron en la cuenta de que los periódicos eran fundamentales: J. Jonah Jameson, el director del *Daily Bugle*, había logrado que muchos neoyorkinos estuvieran en contra de Spider-Man, aunque era obvio que el héroe sólo quería hacer el bien; y el buenazo de Clark Kent —junto con Lois Lane y Jimmy Olsen— trabajaba en el *Daily Planet* bajo la atinadísima dirección de Perry White. Ellos eran tan buenos reporteros que, en más de una ocasión, lograron salvar a los habitantes de Metrópolis de los malvados que los acechaban. Stan Lee y Steve Ditko —al igual que Joe Shuster y Jerry Siegel— no podían estar equivocados. Su sabiduría estaba más allá de cualquier duda: la única manera de terminar con la tiranía de los predadores era tener un periódico y, por qué no, crear un superhéroe con los superpoderes suficientes para solucionar los superproblemas que tenían.

—¿Cómo ves?, ¿le entramos? —dijo Bernardo con la certeza de que Roberto estaba en la misma sintonía.

—Sipi.

Esa misma tarde se juntaron en casa de Bernardo gracias a una pantalla casi perfecta: ambos juraron que se tenían que reunir para hacer un trabajo en equipo y que, por lo tanto, necesitaban dinero para el material. La rebelión tenía que ser patrocinada con una parte del gasto de sus familias. A las cinco en punto de la tarde –como dijera García Lorca– Roberto tocó el timbre, unos segundos después le abrió Bernardo y, luego de un rapidísimo saludo a los mayores, entraron en la guarida secreta.

El cuarto era perfecto: en las paredes estaban los posters de los grandes héroes de la historia (es decir: Spider-Man, Superman, Batman, Spawn y Hulk) y, en los blancos que alguna vez existieron entre las brillantes imágenes, Bernardo había colocado algunos de sus dibujos más apreciados: ahí estaban, detenidos con chinches, Pipo el payaso asesino, un diagrama anatómico que revelaba la transformación de la maestra de español en alienígena, un retrato de La Barbie Sánchez convertida en mantis religiosa y un plano de los lugares más peligrosos de la escuela.

Bernardo le dio una palmada en el hombro a Roberto, salió de la habitación y, luego de unos instantes, regresó con dos latas de espray:

—Toma, para la inspiración.

Cuando Roberto estaba abriendo la lata, Bernardo lo detuvo y le dio un objeto casi milagroso: un sobre de chamoy.

—Échase al chesco, le da superpoderes.

—Salud, ¡hasta la victoria siempre! —dijo Bernardo con gran orgullo por haber usado, por vez primera, las palabras que su tío Romualdo pronunciaba cada vez que se tomaba una cerveza. Claro, Romualdo no tenía la más pájara idea de quién era el Che Guevara, pues en realidad sólo se refería a la marca de la cheve.

La tarde se fue en un santiamén. Luego de dos horas y media de grandes esfuerzos, seis esprait con chamoy y tres discos de Rob Zombie, el primer número de su periódico estaba listo. Antes de dar por terminado su trabajo, se fueron a la papelería, donde Roberto recobró la voz gracias a su nombre de guerra:

—Nos da veinte copias de estas hojas —dijo El Bisnieto del Huracán Ramírez, seguro de que sus palabras explicaban a la perfección las espléndidas ilustraciones de Bernardo, quien también había ocultado su verdadera identidad gracias a las siglas de un nuevo superhéroe: Bef. Ambos estaban seguros de que nadie descubriría que, detrás de las tres

letras, se ocultaba Bernardo Fernández y que tras El Bisnieto del Huracán Ramírez se agazapaba el mismísimo Roberto Ramírez. Ambos eran unos sinnombre para los predadores.

Aunque la producción del periódico no resultó tan buena como lo habían pensado, pues el dinero sólo les alcanzó para hacer copias en blanco y negro, los planes funcionaban a pedir de boca.

Nunca antes habían llegado tan temprano a la escuela. Era preciso que nadie los viera entrar. Sólo así podrían colocar con cierta seguridad los ejemplares del *Daily Planet de la 36*. Gracias a los veinte periódicos, la mitad de los alumnos del segundo be tendrían la posibilidad de descubrir la verdad, porque, en este caso, la verdad sí estaba dentro, pero de las páginas. Incluso, para lograr una cobertura perfecta y no despertar sospechas, tuvieron que desperdiciar uno de ellos dejándolo en el lugar de Bernardo. Después, se refugiaron en un pasillo alejado y esperaron hasta que la escuela se llenara. Bajaron y el ritual matutino empezó con su habitual monotonía.

—Tomar distancia, uno (y si nos agarran), dos (no, se me hace que no se van a dar cuenta). Media vuelta, uno (estoy seguro que El Tractor se va a enojar), dos (pero es remenso), tres (y si hoy le funcionan las dos neuronas, ¿qué vamos a hacer?), cuatro (pues rezar). A ver, fulanito, ¿no sabes dar media vuelta? (creo que mejor decimos que tenemos chorrillo). Vamos a empezar otra vez: media vuelta, uno (no seas tarado, se van a dar cuenta que fuimos nosotros), dos (pero yo sí ando malo de la panza por tanto chamoy con esprait), tres (¡aguántate!), cuatro (¿y si La Chiquis me golpea?). Firmes (¿qué no eres El Bisnieto del Huracán Ramírez?). Avancen a sus salones (pero me da miedo porque todavía no tengo máscara, ¿no te acuerdas que nos gastamos todo el dinero en las copias?). Segundo be, avance (¡zoquete!, estaba seguro de que tenías una).

Al principio no pasó nada. La zombificación matutina impedía que los compañeros se fijaran en el periódico: las noches en vela a causa del *Resident Evil* siempre cobran su precio. Uno de ellos, lo tiró al piso sin leerlo; pero otro comenzó a revisarlo

con cuidado: el dibujo de portada con El Tractor y La Chiquis de los Monteros comiéndose un moco había surtido el efecto deseado. No en vano, J. Jonah Jameson colocaba las mejores fotos de Peter Parker en la primera página del *Daily Bugle*. La verdad –dijeran Fox Mulder y Dana Scully– había sido revelada y la carcajada del sin-nombre obligó a los muertos vivientes a cobrar conciencia del *Daily Planet de la 36*.

El periódico empezó a ser leído. Al principio, El Tractor no se dio cuenta de que en la portada estaba su retrato y se rió de buenísima gana, pero cuando La Chiquis de los Monteros le explicó que eran ellos, se puso color gris oxford, se le llenaron los ojos de venas y le dio cuatro bofetones al primero que se había reído mientras le gritaba “lúser-lúser”, “cállate lúser”. La represión fue breve pero intensa: el sinnombre salvó la vida gracias a la llegada del profe, y los periódicos desaparecieron en las mochilas.

El resto de la mañana fue estupenda: El Tractor y La Chiquis de los Monteros se replegaron a una esquina del patio, La Barbie Sánchez se fue con sus amigas de tercero ce a quejarse de sus desgracias, El Frijol y su Gorgoja se metieron a la biblioteca a

fraguar su venganza, mientras que los sinnombre comentaron los atinadísimos artículos e imágenes del *Daily Planet de la 36*. Aunque Roberto (alias El Bisnieto del Huracán Ramírez) no había estado muy convencido de divulgar que la maestra de español era alienígena, ese artículo tuvo muy buena acogida y permitió que afloraran nuevas hipótesis: se supo que el maestro de química era vampiro y que su presencia matutina sólo podía explicarse gracias al hallazgo de un bloqueador solar perfecto. Es más, esa mañana ocurrió algo inusitado: los sinnombre del segundo be empezaron a hablar entre sí sin miedo a sus predadores.

La siguiente entrega del *Daily Planet de la 36* tuvo problemas de circulación: El Tractor y La Chiquis de los Monteros decomisaron casi todos los ejemplares que continuaban con la política informativa de denunciar los abusos de los seis predadores. Sólo se salvaron dos periódicos que circularon de manera clandestina y fueron fotocopiados sin pagar derechos de autor a Bef y al Bisnieto del Huracán Ramírez. La censura, además de la pira-

tería, tuvo otras consecuencias: a la hora del descanso, en el baño de niñas, apareció un letrero en el espejo. Estaba pintado con crayola colorada y, con grandes letras, decía: “¡la barvi sanches no es guera! se pone agua otsijenada en las greñas”. El mensaje lo firmaba La Araña de la Macorra, una superheroína que salió de la nada.

—¿Cómo ves?, ya tenemos competencia —le dijo Bef al Bisnieto del Huracán Ramírez.

—Sipi, ni modo que nopo.

Cuando regresaron al salón, encontraron un mensaje en el pizarrón que, para fortuna de los sinnombre, fue leído por los profes por pura casualidad: “el frigol y su gorgoja son bien trampozoz: vajan la tarea de interne”. La Araña de la Macorra también atacó en ese lugar.

Las denuncias, tanto del *Daily Planet de la 36* como de La Araña de la Macorra, continuaron durante casi tres semanas. Ninguno de los predadores sabía dónde o cuándo se harían públicas sus injusticias. Ellos comenzaron a presionar a los sinnombre para que delataran a los creadores del periódico

y a La Araña de la Macorra, mientras que los sin-nombre –a pesar de la represión– descubrieron que podían hablar, respetar a los que pensaban diferente (las discusiones acerca de quiénes eran los superhéroes no eran poca cosa) y, sobre todo, que tenían derecho a vivir de mejor manera: ellos podían decidir el rumbo que tomarían sus días en la escuela.

Aquellos fueron tiempos difíciles: El Tractor y La Chiquis de los Monteros golpearon a varios para que delataran a sus opositores. Roberto –al igual que otros sinnombre– sufrió en carne propia la violencia y, aunque los predadores le echaron chamoy en los ojos, él no reveló su identidad secreta. La Barbie Sánchez y Carlos Ramiro José Eduardo tampoco se quedaron con los brazos cruzados: ambos trataron de seducir a todos los sinnombre para que alguno soltara la sopa: Bef logró resistir la sonrisa de La Barbie y, gracias a eso, no sólo conservó su identidad secreta, sino que también descubrió que ella usaba pestañas postizas y que, por cierto, no se las sabía pegar. “Tiene los párpados como cuero de guajolote”, le dijo al Bisnieto del Huracán Ramírez cuando le contaba cómo pudo escapar de las fauces de la mantis. El Frijol y su Gorgoja también hicie-

ron lo suyo: aumentaron sus exigencias de trabajos forzados luego de advertir a los sinnombre que seguirían adelante hasta que se descubriera quiénes eran los creadores del periódico y los mensajes.

Todos aguantaron y las palabras de los sinnombre continuaron fluyendo.

El secreto se descubrió en la clase de español.

Ese día, un viernes trece de abril para ser precisos, la profesora quería dejar de tarea que todos escribieran acerca de un mismo tema y que, por supuesto, no estaría nada mal que el asunto a tratar lo decidiera el grupo. El Tractor, temiendo lo peor, levantó la mano, y con su acostumbrada fineza hizo una declaración terminante:

—¡La Tiple A y háganle como quieran!

—¡Están de acuerdo? —preguntó la maestra.

Durante unos instantes nadie dijo nada. El miedo a los zapas era más fuerte que el deseo de proponer un tema distinto del que quería El Tractor. Todos, como siempre, estaban petrificados. Cuando la profesora iba a decir “está bien, que sea la Triple A”, en el fondo del salón se escuchó una voz:

—¿Y si votamos?

—Ya dije que la Triple A y ¡háganle como quieran! ¿Tú quién te crees?

—El Bisnieto del Huracán Ramírez.

El Tractor se quedó mudo al descubrir la personalidad real de uno de sus archirrivaes. Y, cuando estaba a punto de gritar “lúser”, los sinnombre empezaron a aplaudir. Es más, dicen algunos que hasta una porra le echaron al Bisnieto del Huracán Ramírez.

—Perfecto, vamos a votar. ¿Qué temas proponen?

La lista se confeccionó en unos instantes y el resultado de la votación fue contundente: la Triple A, dos votos; los secretos de la belleza, un voto y una abstención; cómo ser un adolescente exitoso, dos votos; el *Daily Planet de la 36* y *La Araña de la Macorra*, treinta y cuatro votos. Las protestas de los predadores sirvieron de poco: por primera vez en la historia los votos de los alumnos del segundo be tuvieron exactamente el mismo valor. La tiranía había terminado.

Antes de irse, la maestra de español preguntó quiénes eran Bef y La Araña de la Macorra. De inmediato se supo que el primero era Bernardo Fernández y la segunda era Josefina de la Macorra, una punketa bastante divertida. Les dijo que la acompañaran junto con El Bisnieto del Huracán Ramírez. Los tres salieron perfectamente asustados y, cuando llegaron al pasillo más lejano, no sucedió lo que todos pensaban: la maestra no intentó devorarlos y simplemente les dijo:

—En la Galaxia de los Piojos todos tenemos buena ortografía.

Los tres la miraron casi tranquilos y, cuando estaban a punto de regresar a su salón para cubrirse de gloria, ella les volvió a hablar:

—Hoy fue un buen día para todos.

Todo por una hoja

Esther Charabati

NACIÓ EN LA Ciudad de México en 1957. Estudió la licenciatura en Filosofía en la Facultad de Estudios Superiores Acatlán, de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), donde obtuvo la Medalla Gabino Barreda y la Medalla a los Mejores Estudiantes de México. Estudió la maestría en Pedagogía en la División de Estudios Superiores de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, donde actualmente cursa el doctorado en Pedagogía, becada por el Conacyt. Coordina el Café Filosófico de la Cafetería El Péndulo desde 2000.

Entre sus publicaciones destacan *Rasgando el tiempo: Los judíos, extraños en la casa*, México, Tribuna Israelita, 2006 (ensayo); *El oficio de la duda*, México, Universidad Autónoma de la Ciudad de México (colección Conversaciones), 2007 (ensayo); *La ley de la selva*, México, Colegio Hebreo Maguén David, 2006 (didáctico); *No soporto el paraíso*, México, Felou, 2008 (novela); *Ni patitos ni feos*, México, Colegio Hebreo Maguén David, 2006 (didáctico).

I

Ese año nos cambiamos de casa y tuve que dejar a mis amigos de la secundaria antes de lo previsto. La despedida fue triste y húmeda pues Ana, Vero y yo no paramos de llorar. Me dolía separarme de ellas, pero lo que realmente me atemorizaba era la idea de llegar a una escuela donde no conocía a nadie.

Mis miedos estaban justificados: el primer día de tercero de secundaria supe lo que sienten las arañas al ser observadas en un microscopio. Mi cara, mi cuerpo, mi ropa, mis útiles, mis palabras, mis movimientos, hasta mis gestos, eran objeto de una inspección minuciosa por parte de los compañeros, que no se tomaban la molestia de disimular su disgusto. Sabía cómo son recibidos los alumnos

nuevos, porque yo misma me había encargado de hacerle la vida difícil a un niño que llegó de Torreón y aterrizó en mi grupo de sexto; por ello, me metí en la cabeza que debía ser muy prudente, tener paciencia y, sobre todo, mucho tacto: a los quince años todos somos bichos de cuidado.

Mi estrategia consistió en pasar inadvertida al principio, mantener distancia con los maestros, no entregar todas las tareas, participar un poco en clase, no molestar a nadie, reírme de todos los chistes –juro que eran malísimos–, vestirme con jeans y playeras que no se me embarraran... en pocas palabras, tratar de evitar las etiquetas: ni matadita, ni tonta, ni mala onda, ni resbalosa, ni sangrona... ¡ufff! Fue una tarea agotadora, pero en las vacaciones de diciembre ya era amiga de algunos y aceptada por la mayoría. Me lo merecía y lo estaba disfrutando, pero unos meses después me di cuenta de que todos mis esfuerzos podían verse anulados por una hoja.

Fue en junio, la lluvia estaba ahogando nuestras neuronas y Fernando, el profe de mate, estaba de malas. De pronto, suena su celular y, contra su costumbre, contesta. Debe de ser un asunto importante pues a pesar del aguacero, sale al pasillo para

hablar. Mientras, Saúl se levanta de su banca en la primera fila y, con gestos de mimo, va a asomarse al portafolio del profe, que está abierto. Los demás platicamos o le copiamos a alguien la tarea, hasta que lo oímos exclamar:

—¡Descubrí un tesoro!

Todos volteamos a verlo, y lo apuramos con nuestras miradas: el profe Fernando podría volver antes de que nos enteráramos del hallazgo.

—¡El examen de matemáticas!

Nos miramos incrédulos, es una especie de milagro, no sólo eso: la salvación. La mayoría de la clase sabe que va a reprobar mate y Fernando es uno de esos maestros que se toma muy en serio su papel y no hace ninguna concesión.

—A ver, fíjate qué viene, ya no tarda en entrar —urge alguno de los compañeros.

—Se va a tardar —interviene otro—, ¿no vieron? Lo llamaron de su casa o de la Dirección; a lo mejor lo están regañando por explicar tan mal...

Sin perder tiempo, Saúl saca la hoja que vio y da un nuevo grito:

—¡Chido! ¡Aquí trae todas las copias!

—Vuélate uno —le dice Armando emocionado—, ni se va a dar cuenta.

No quito los ojos de la puerta, como si con la mirada pudiera mantenerla cerrada, pero la idea me aterra, nos van a descubrir... La ingenuidad del grupo me molesta tanto que pregunto con mi tono más hostil:

—¿Cómo que no se va a dar cuenta? Mejor déjalo, nos van a quemar vivos.

Ivonne me mira sarcástica: —¿Estás loca? Es lo único que me salva del extraordinario.

—¿Y si nos expulsan...?

—Claro —declara Armando, solidarizándose con Ivonne—, tú ya sabes que vas a aprobar, pero nosotros no.

Desde la puerta, Alan nos insta a dejar de perder el tiempo en conversaciones inútiles y a tomar una decisión antes de que sea demasiado tarde. Saúl voltea y nos enfrenta: —¿Quieren el examen o no? Ya está en mis manos.

Todos están conscientes de que el sí nos convertirá en cómplices, por lo que dudan un instante mientras alguna compañera se muerde los labios, otro levanta los hombros, otros se truenan los dedos... el temor es evidente, pero lo decisivo será el grito de Alan, el grito de ahora-o-nunca.

—¡Ahí está Fernando!

Como si le hubiéramos dado *enter* a la computadora, Saúl arruga la hoja y se la mete al pantalón. El profe entra pensativo y pide que alguien pase a resolver un problema en el pizarrón. Durante el resto de la clase estamos inquietos, nuestras miradas se cruzan una y otra vez. Por fin, suena el timbre y nos quedamos solos. Yolanda se levanta y cierra la puerta; mientras formamos un círculo alrededor de Saúl, se abre la negociación:

—¿Y ahora qué hacemos?

—Resolver el examen, ¿qué quieres hacer?

—¿Y si nos cachan?

—De todas maneras ya no se puede hacer nada. No podemos devolverlo.

—No, imagínate que nos viera, sería peor.

—Ya no sean miedosos, ni se va a dar cuenta.

—Podemos hablar con él y explicarle lo que pasó.

—Sí, cómo no.

—Miren, si nadie ve el examen y nos sacamos la calificación que esperaba Fernando, a lo mejor no le importa...

Esta última es mi opinión, y aunque algunos hacen gestos de aprobación, no se atreven a opo-

nerse. En cambio, los que me consideran infame sí levantan la voz.

—Pero a lo mejor sí, y de todos modos nos va mal. Yo prefiero jugármela, porque si no saco diez estoy reprobada. A lo mejor en tu escuela todos eran obedientes, pero a nosotros nos gusta la aventura.

—¡Ya dejen de discutir a lo tonto!

—Bueno, el que quiera el examen que me lo pida, voy a decirle a mi hermano que me ayude a resolverlo. —Con esta invitación de Saúl concluye el debate.

—Sale, nos vamos juntos para sacarle copias a la salida para ir resolviéndolo. ¿Quién quiere una copia?

No todos dicen “yo” pero, al final, la mayoría acabamos con una copia en las manos. También yo, porque no estoy tan segura de aprobar y porque me da miedo quedar excluida del grupo si no la acepto. En la secundaria no se pueden correr esos riesgos.

II

Llega el esperado y temido lunes del examen. A pesar de la invaluable ayuda del hermano de Saúl,

muchos se ven nerviosos; otros están tan sonrientes que Fernando debe de percibirlo mientras se pasea por las bancas. Todos fingimos que nos estamos rompiendo la cabeza, pero antes de que termine el tiempo ya están los treinta y cinco exámenes encima del escritorio. Somos malos actores, no hay esperanza.

Al salir, es tanta la alegría que nos abrazamos, brincamos y bailamos. Enrique bromea con Ivonne:

—¿Cómo te fue en el examen?

—Igual que a ti.

—No, porque yo contesté mal una pregunta.

—¿Cuál?

—La última.

—¡Yo también!

Las risas nos contagian y celebramos nuestra osadía; somos geniales, no cabe duda.

III

Lo sabía, era imposible que no nos descubrieran. El miércoles a última hora Fernando, con los exámenes en la mano y cara de pocos amigos, se para frente a nosotros mientras nos hacemos chiquitos y contamos los segundos que nos quedan de vida.

—No calificué los exámenes porque no tiene caso ponerles una calificación que no merecen.

—¿Y por qué crees que no la merecemos? —pregunta Alan, provocando la admiración del grupo por su audacia.

—Porque todos copiaron el examen.

Aunque la acusación no nos sorprende, sentimos que somos víctimas de una injusticia, tal vez porque es la única manera de resistir el pánico que nos invade. Tenemos que defendernos, no es hora de flaquear.

—No es cierto, ¿por qué dices que copiamos?

—Estuviste vigilándonos cada segundo, ¿cómo íbamos a copiar?

—Además, ¿a quién le íbamos a copiar, si nadie puede resolver los problemas que nos pones?

—Por eso me extraña tanto que en esta ocasión, en forma absolutamente inesperada, hubiera casi puras respuestas correctas; las suficientes para que no puedan engañarme.

—Entonces, ¿qué caso tiene estudiar si, de todas formas, nos va mal...?

—Jóvenes, no voy a discutir con ustedes. Lo único que quiero es saber quién tomó el examen de mi portafolio.

Silencio total, nadie se da por aludido. Sólo falta que después de que todos copiamos, le echemos la culpa a Saúl. Estamos metidos en un lío que pinta bastante mal. Volteo a ver el dibujo que está haciendo mi compañero de al lado: un muñeco ahorcado.

—¿No me van a responder?

—¿Cómo vamos a responder si nadie lo tomó? Ni siquiera sabemos dónde los guardas.

—Profe, si ya nos conoces. ¿Cuándo te hemos robado algo? Deberías confiar en nosotros...

—Repito la pregunta. ¿Quién tomó el examen de mi portafolio? —Ante el silencio, Fernando decide utilizar argumentos más convincentes:

—Miren, ustedes son un buen grupo y no me gustaría que tuvieran problemas por esto. Tomar un examen es una falta grave por dos razones: es un robo y, además, están copiando, con lo cual pretenden engañar a la sociedad que, a través de la escuela, está midiendo los conocimientos que poseen. Añadir a estas faltas la mentira me parece peligroso... Sé que es difícil confesar cuando uno se sabe culpable, así que les daré tiempo para que lo mediten. Quiero una respuesta el lunes, si no la obtengo todo el grupo se va a extraordina-

rio... y aquellos que deben otras materias piénsenlo bien, ya saben que no pueden presentar más de dos extraordinarios. Lamentaría mucho que algunos de ustedes no pudieran entrar a la preparatoria por encubrir a un compañero. Y no se hagan ilusiones: sé que ustedes se robaron el examen, y ahora ya saben las consecuencias de sus actos. Eso es todo, nos vemos el lunes.

—¡Es injusto lo que nos estás haciendo!

—¡Y robar es tu manera de luchar por la justicia?

IV

Contra lo que podría esperarse, salimos rápidamente de la escuela y nos alejamos, cada uno por su lado. Probablemente, al igual que yo, cada uno teme que se le note la duda: sabemos que delatar a Saúl es de cobardes y traidores pero, en alguna esquina de nuestro ser, deseamos que alguien lo haga. No sólo somos cobardes, sino también egoístas: nuestra mayor preocupación es presentar mate en examen extraordinario. Por otro lado, tenemos claro que los amigos no actúan así y que en el mundo lo más valioso son los amigos. ¿Quién confiaría en un soplón? Hay un tercer argumento que

ronda mi cabeza y quizá también la de mis compañeros: Saúl no actuó solo, todos somos cómplices. Es cierto que la idea fue suya y la decisión final también, nadie más se hubiera atrevido a sacar nada del portafolio, pero, ¿habría tomado el examen si nosotros no lo hubiéramos animado?

Mientras comemos, mi mamá me pregunta cómo me fue en el examen de matemáticas, no se le va una. Por más que intento disimular, se da cuenta de que algo no anda bien y, aunque yo respondo “nada” a cada una de sus preguntas, poco a poco voy cediendo.

—¿Reprobaste alguna materia?

—Ojalá fuera eso.

—Gina, ¿puedo ayudarte en algo?

—No... El lunes Saúl vio el examen de matemáticas en el portafolio del maestro, que había salido de la clase. Mientras decidíamos si nos lo quedábamos o no, el profe regresó y Saúl se metió el examen a la bolsa. Después estuvimos pensando qué hacer, pero no había forma de devolverlo sin quedar mal, y para muchos era la oportunidad de no reprobar...

—Así que copiaron el examen y el maestro los descubrió.

—Sí.

—¿Y qué va a pasar ahora?

—Si no decimos quién fue, nos vamos todos a extraordinario.

—¿Y qué van a hacer?

—No sé. Los maestros no entienden que en todas las escuelas se copia, que es lo natural...

—Espero que tengas mejores argumentos para defender tu causa.

—Mamá, no es cosa de argumentos, entiende: si delatamos a Saúl, probablemente lo expulsen, ya sucedió una vez.

—Pero él no es el único responsable.

—Exactamente, no podemos hacerle eso.

—¿Cuál es el dilema entonces?

—Que hay como diez chavos que ya deben materias y si se suma ésta, no podrían entrar a la prepa.

—Pues sí es un dilema, pero yo creo que si confiesan, el maestro lo va a entender.

—Pues yo creo que no, y nadie se va a arriesgar porque las consecuencias serían terribles.

—Lo único que te puedo decir es que yo siempre trato de decir la verdad y me funciona bien.

—Yo también puedo tratar, pero eso no basta.

El problema con los adultos es que siempre están educando y uno no sabe qué piensan en realidad. Además, no se dan cuenta de lo importante que son los amigos... y ni se imaginan lo que es llegar todos los días a la escuela y que los demás se alejen o se burlen de ti, estar sola cada recreo y que nadie te acepte en su equipo. Parece muy fácil, pero si tomo una mala decisión y en la prepa me vuelvo a encontrar con algunos de mis actuales compañeros, soy mujer muerta.

V

A la mañana siguiente, me encontré a Berenice en la micro. Tuve que contarle las pesadillas de la noche anterior porque me estaban atormentando:

—Estábamos en la clase con Fernando, que tenía la cara deforme, monstruosa, sus muecas y movimientos eran grotescos. Nos preguntaba quién había tomado el examen y, ante el silencio, nos hablaba del deber y refrendaba su amenaza. “¿Están seguros de que eso es lo que quieren?”, preguntaba. Yo levantaba la mano y Saúl me miraba con odio. Desperté sudando, prendí la luz, me tomé un vaso de agua y me volví a dormir... pero

regresé al mismo escenario. Fernando hablaba y agitaba las manos, nos miraba fijamente y se burlaba: “Es increíble que en toda mi clase no haya un solo alumno honesto, que se atreva a decir la verdad. Son una bola de gallinas, qué lastima. Ustedes creyeron que callando salvarían al culpable, pero se equivocan. Perdieron su única oportunidad, porque yo sé quién tomó el examen y de todos modos será expulsado”. Luego, señalaba a Saúl, que salía despavorido del salón. Después de eso, ya no me animé a dormir, pasé la noche en blanco.

—¿Por qué te tomas las cosas tan a pecho?

—¿Qué quieres decir? ¿No te importa presentar extraordinarios?

—No tengo ninguna intención de hacerlo. No voy a pagar por las burradas de otros. Yo no copié el examen, así que, si es necesario, voy a decir quién lo robó.

—Pero estabas ahí, eres cómplice. De todas maneras te van a castigar.

—Cómplices los que lo animaron, fotocopiaron el examen y sacaron diez. Yo, si acaso, soy testigo. Y mi única obligación sería decir la verdad.

—Te van a odiar. ¿No te da miedo que te hagan la vida imposible? —No podía creer lo que

estaba escuchando: Berenice no sólo era una traidora, sino que ni siquiera se avergonzaba.

—En primer lugar, no tienen por qué enterarse. Y si lo hacen, tampoco me importa. Es el último año de la secundaria, en prepa voy a tener nuevos amigos. Además, conmigo Saúl y sus cuates nunca se han portado bien. Cuando tengo suerte me ignoran, pero otras veces se burlan, inventan chismes, un día tomaron una foto de mis piernas con su celular y se la mandaron a los demás... No merecen que lo piense dos veces. ¿Y tú? ¿No puedes vivir sin ellos?

—Sí puedo, pero no me atrevería a delatarlo.

—Pues yo sí. Si veo que las cosas se ponen feas, Saúl va a saber que hacerse el chistoso y el valiente tiene sus consecuencias. Que aprenda.

A lo largo del día, me doy cuenta de que nadie piensa como Berenice o, al menos, nadie se atreve a confesarlo. Las respuestas son unánimes: no van a saber quién tomó el examen porque ninguno de nosotros va a hablar. Para mí ya es más fácil sumarme a esa postura porque sé que Berenice nos salvará del purgatorio.

De cualquier manera estoy inquieta, preguntándome si ella tiene derecho a revelar lo sucedi-

do. La lógica está de su parte, pero tengo la intuición de que eso no se hace. Por otro lado, me intriga la actitud de Saúl, ¿por qué asume que todos cerrarán filas para salvarlo? Una pregunta me sigue taladrando el cerebro: ¿hubiera actuado igual si no hubiera recibido nuestro apoyo? Quienes lo animaron, ¿son tan culpables como él? Quienes no lo impedimos, ¿también somos responsables? ¿Dónde encuentro las respuestas?

Me dan ganas de discutirlo con algún maestro, pero desconfío de ellos, podrían hacer mal uso de la información. Tampoco quiero comentarlo con mis compañeros, porque cualquier palabra puede levantar sospechas. Ahora estoy segura de que se va a saber la verdad y es importante que no haya ninguna duda sobre mí. Además, me da miedo acabar delatando a Berenice, pues aunque a ella esto de la lealtad no la convence mucho, a mí sí, y tengo que mantener sus planes en secreto.

VI

A la hora de la salida, Enrique nos convoca para el domingo en la tarde en la cancha de fútbol. Llegamos como la mitad del grupo. No va a ser

fácil tomar decisiones. Nadie se anima a empezar, hasta que uno pregunta:

—¿Qué hacemos aquí?

—Tenemos que ponernos de acuerdo en lo que le vamos a decir mañana a Fernando.

—¿Y para qué necesitamos un pacto? Esto no es la ONU, que cada quien haga lo que quiera.

—No seas menso, la única manera de salvarnos es actuar unidos.

—Yo propongo –inicia Abigaíl– que nos declaremos todos responsables y que nos apliquen el mismo castigo. No van a expulsar al grupo completo.

—Pero nos van a mandar a extraordinario, y yo ya debo español y química, no me dejan presentar tres exámenes.

—Es una situación muy difícil, pongan a funcionar sus neuronas al máximo o vamos a salir todos perjudicados.

—Lo mejor –afirma Alan, pensativo– es que nadie diga nada. Sin información, no se atreverán a ponernos un castigo tan radical.

—¿Y si alguien filtra la información?

—Nadie la va a filtrar –declara Alejandro, amenazante–, aquí no hay soplones.

Berenice los escucha atenta; sólo yo conozco su decisión de delatar a Saúl en caso necesario. Sin embargo, la amenaza de Alejandro la hace reaccionar.

—¿Qué te hace pensar que todos nos vamos a quedar callados, exponiéndonos a un castigo que no merecemos?

—Eso es lo que hacen los amigos, ser solidarios.

—¿Así que ahora somos todos amigos?

—Claro, siempre lo hemos sido —responde Alejandro, incómodo—. Saúl, sorprendido, se levanta del pasto y se recarga contra la pared.

—Pues yo pienso —continúa Berenice— que para ser amigos, Saúl es muy egoísta. ¿Por qué pretende que nos arriesguemos para salvarlo? ¿Por qué no nos salva él?

—Yo no tengo manera de resolver esto —afirma Saúl desde su rincón, molesto.

—Claro que la tienes; ve y confiesa que tú robaste el examen.

—¿Pero si todos se beneficiaron! ¡Ustedes me animaron a sacarlo del portafolio! No van a dejar que me expulsen...

—Nadie te obligó ni te presionó. A lo mejor algunos se sienten obligados a apoyarte, pero yo

no. Nunca me has tratado como amiga y no puedes pedir que yo actúe como tal.

Las palabras de Berenice nos dejan estupefactos. ¿Cómo se atreve a insinuar públicamente que va a ir con el chisme? Las miradas son una mezcla de desprecio y admiración. Después de escucharla, estoy aún más confundida: no había pensado que Saúl era egoísta por pedir que lo defendiéramos, ni se me había ocurrido que él también podría mostrar su amistad asumiendo la culpa. Sin embargo, estoy de acuerdo con él cuando insiste en que no actuó solo... y aunque a algunos les caiga mal, ¿no deberíamos mostrar un frente común ante las autoridades? ¿Ser compañeros no supone ser leales? Los adultos siempre se apoyan para poner sanciones: padres, maestros, directores y hasta prefectos se confabulan contra nosotros al más mínimo error, ¿por qué no haríamos lo mismo?

—Eres una traidora, sólo piensas en ti. No te importa que me expulsen.

—Tan malo es que te expulsen como que yo me vaya a extraordinario por algo que no hice y por ayudar a alguien que me ha maltratado; no cuentas conmigo.

Las palabras de Berenice llenan la cancha de silencio, un silencio que duele porque pone de manifiesto nuestro egoísmo, nuestros miedos, nuestra inseguridad. ¿Cuántos de los que apoyan a Saúl lo hacen por amistad y cuántos por temor a ser rechazados? ¿Cuántos de los que apoyan a Berenice están convencidos de que tiene razón y cuántos la aprovechan para desquitarse de Saúl o para salir ilesos? La voz de Juan rompe el silencio:

—Fernando es tan responsable como nosotros.

—¿Por qué dices eso? —pregunto, feliz de poder participar sin evidenciar mis dudas.

—Dejó los exámenes a la mano, nosotros caímos en la tentación.

—A él lo llamaron por teléfono, no lo hizo a propósito.

—Si él no hubiera dejado su portafolio abierto con los exámenes, no estaríamos aquí.

—Es cierto —añade Yolanda—, cuando yo olvidé mi celular en el patio y se lo robaron, todos dijeron que era mi culpa.

Este argumento ilumina las caras, diluye la tensión y provoca una reacción en cadena: todos opinamos, condenamos, nos inspiramos... ni por un momento se nos había ocurrido involucrar a

Fernando en el delito. ¿Delito, escribí? Pues sí, violamos las leyes de la escuela... pero tenemos un atenuante. Entusiasmados, nos ponemos a redactar una carta para prevenir la sentencia condenatoria, pero a medida que intentamos poner los argumentos en el papel se muestran flojos, sin fundamento. Cuando el desánimo está a punto de someternos, mi cerebro da muestras de actividad neuronal:

—Oigan, hemos perdido de vista lo más importante –todos me voltean a ver mientras exclamo, triunfante–, ¡no pueden expulsar a Saúl porque ya no hay clases, se acabó la secundaria!

Los rostros se van transformando, mientras cada uno va cayendo en la cuenta de que el dilema ha dejado de serlo: no van a expulsar a un alumno al final del periodo de exámenes, sería absurdo. La escuela no va a buscar problemas en el cierre del año; como tantas otras veces, dejarán pasar el incidente sin hacer ruido.

Nadie será traidor, egoísta ni víctima, por lo menos en esta ocasión... la secundaria se terminó... la alegría empieza a teñirse de nostalgia, de inquietud, de espanto. Durante las últimas semanas el fantasma de la despedida había sido conjurado

por la angustia de los exámenes, los preparativos de la fiesta de graduación y las amenazas de Fernando, pero en unos instantes todo se borra para dar paso al futuro inminente: una nueva etapa, escuelas distintas, caminos que construir... De alguna manera, el robo del examen y la crisis en el grupo nos ayudó a huir momentáneamente de esa realidad incierta ante la que tenemos que comparecer.

Por aquellos días la prepa, la carrera, el trabajo, el mundo, parecían inaccesibles, y nosotros nos sentíamos tan diminutos e incapaces que estábamos seguros de no dar la talla. Pero la dimos. Lo sé porque cuando encuentro a uno de mis compañeros de esa época en la calle, en el café o en el cine, siempre evocamos esos años como aquellos que más nos dolieron y nos volvieron fuertes. Sin duda, la vida fue más fácil después de la secundaria.

Votar o qué onda

René Avilés Fabila

NACIÓ EN LA Ciudad de México en 1940. Obtuvo la licenciatura en Relaciones Internacionales e hizo estudios de posgrado en la Universidad de París. Su obra es muy amplia y reúne cuentos, novelas, libros de memorias, ensayos y artículos. Destacan las novelas *Tantadel*, *La canción de Odette*, *El gran solitario de Palacio* y *Réquiem por un suicida*; los volúmenes de cuentos *Hacia el fin del mundo*, *La lluvia no mata a las flores*, *Fantasías en carrusel*, *Todo el amor* y *Cuentos de hadas amorosas*, y los libros autobiográficos *Recordanzas*, *Nuevas recordanzas* y *Memorias de un comunista*. Está traducido a diversos idiomas y actualmente la editorial Nueva Imagen publica sus *Obras completas*.

Es editorialista de primera plana de *Excélsior*, periódico al que ingresó formalmente en 1984 y en el que dirigió su sección cultural (1984-1986) y fundó el suplemento cultural *El Búho* (1985-1999). En 1999 fundó la revista cultural mensual *Universo de El Búho*, de la cual es director desde entonces.

Los jóvenes llegaron a la casilla electoral, mostraron sus respectivas credenciales del IFE y cada uno se introdujo en el sitio destinado a votar. Allí seleccionaron a todos aquellos que les garantizaban una actuación decente y honrada, que tenían un buen historial y un programa de trabajo adecuado. Claudio y Daniel vivían en el mismo rumbo, en Coyoacán, sus demás compañeros de escuela en otros, pero todos habían quedado de encontrarse en un café luego de acudir a las urnas, para platicar, comentar cómo habían visto las cosas y, cuando hubiera resultados, ver qué paso sería el siguiente, dentro de un acabado proyecto ciudadano que ellos, luego de muchas discusiones, habían imaginado e iniciado en pláticas y al depositar su voto en la urna.

Claudio

Todos los que conocen a Claudio coinciden en que su niñez fue en verdad complicada y desmadrosa. El único varón de una familia clase media baja, sin problemas aparentes, con tres hermanas, fue el tercer hijo y el consentido de su mamá.

Desde recién nacido, ignoramos por qué, su padre nunca lo aceptó del modo más adecuado, a pesar de ser el hombre de la familia y quien lo sustituiría cuando él muriera, según las viejas fórmulas. No hubo acercamiento entre ellos y se refugió en la figura materna, así como en la abuela (madre de su madre) y en su hermana mayor. Fue sobreprotegido por ellas tres y por ende flojo, poco empeñoso en la escuela. Por fortuna, no lo sería siempre, ni tampoco su padre un hombre distante de él el resto del tiempo. Las cosas suelen cambiar.

En la primaria fue uno de los peores promedios, reprobó varios años. Era muy peleonero, seguido lo expulsaban de las escuelas y su madre tenía que buscarle acomodo en otras instituciones, aunque fueran de paga. De hecho, fue el único de los vástagos que asistió a una escuela privada. Las hermanas cursaron su educación primaria

en planteles oficiales y lo hicieron bien, sin problemas, incluso con altas calificaciones.

En la siguiente etapa, la secundaria, Claudio no mejoró, empeoró; las aulas le parecían celdas y al comprobar sus habilidades para los puñetazos y que, en consecuencia, tendía a ser líder de sus amigos y compañeros, optó por no asistir a clases con la frecuencia debida. Él los invitaba a no entrar a la escuela y a buscar diversiones en otros rumbos de la ciudad.

Un día, la directora de la secundaria, Esperanza Villasana, citó a su papá en la escuela para comentarle el comportamiento de su hijo. ¡Cuál fue la sorpresa del padre cuando la maestra Villasana le comentó que su hijo hacía más de una semana que no asistía a clases!

—Señor Sámano, quiero preguntarle si Claudio tiene algún problema o está enfermo.

—No, por supuesto que no —respondió Edmundo Sámano, quien tampoco tuvo una educación formal completa, acaso la preparatoria, el resto del tiempo lo había ocupado trabajando para poner un negocio propio—. Todos los días sale de la casa, desayunado, y dice que va a la escuela. Regresa, como siempre, a eso de las 2:30 a comer.

Y se pone a hacer la tarea. A veces dice que va a estudiar con sus compañeros de clase y regresa como a las nueve o diez de la noche. No hemos notado nada extraño en su comportamiento. Ahora, me pregunto, ¿a dónde va?, ¿qué hace durante todo ese tiempo? No lo sé, créame.

—Además, señor Sámano, su hijo tiene un comportamiento bastante antisocial y antinacionalista. Con todo mundo se pelea, no hace honores a la bandera, no canta el himno nacional, no respeta a los héroes de la patria, se burla de nuestra historia y así por el estilo. Es un niño bastante *sui generis*. Especial, podría decir. ¿No platica con usted?

—Mire, maestra Villasana, realmente no comprendo esta conducta. En casa estamos muy orgullosos de nuestro país, de ser mexicanos. Mi bisabuelo sirvió a la patria, es más, murió defendiéndola en la guerra de Intervención, fue condecorado por haber defendido la ciudad de Puebla. Mi abuelo estuvo en la Revolución, fue villista, tenemos fotos que lo prueban. Yo hice mi servicio militar en la Marina. Nosotros, mi familia, somos bastante nacionalistas y siempre buscamos ayudar al país. Esos son los valores que les hemos enseña-

do a nuestros hijos. No soy un hombre de muchas lecturas y no hice una carrera universitaria, pero a cambio he trabajado intensamente y he sido una persona honrada. ¿Qué puedo decirle de mi esposa? Es una mujer creyente, quiere mucho al país y a Claudio lo adora. No veo mayores problemas familiares, no considero de ninguna manera que seamos una familia disfuncional.

—Pues en verdad no lo entiendo —comenta la maestra Villasana—, su hijo para nada aparenta esas enseñanzas y está a punto de concluir la secundaria. He estado pensando en expulsarlo, pero no sé si ésa sea la solución. Por ello he preferido hablar con usted. Tal vez sean sus amistades, siempre está con Daniel Ocegüera, otro adolescente conflictivo.

—Lo sé, maestra, conozco a Daniel, es inquieto también, pero no es mal muchacho. Le ruego que me dé, nos dé, una oportunidad, no queremos que Claudio deje la escuela y menos por expulsión.

Claudio recordaba las palabras de su padre, el tipo de reconvenciones que le echaba desde que había hablado con la directora de la secundaria era un fastidio completo, pero prefería escucharlo

a que le quitara el dinero que mensualmente le daba. Eran ya los momentos en que las muchachas le despertaban inquietudes y gastos, desde luego. Se refugiaba más en Daniel, en las afinidades mutuas, que eran asombrosas: poco estaban en desacuerdo y hasta el dinero compartían.

Pero todavía más ridículo le pareció el rollo que su padre recordó años después, en una reunión, ante sus más cercanos amigos, tal vez para avergonzarlo, y que más adelante también repitió delante de su madre: nunca había escuchado de su padre este tipo de argumentos, incluso le pareció un hombre de doble personalidad. O alguien capaz de mentir o al menos de moralizar. Su vida era normal, pero no andaba envuelto en la bandera. Le era difícil dejar de lado los discursos que su padre solía improvisar luego del penoso encuentro con la maestra Esperanza Villasana. En una fiesta, dijo pomposo:

—Los muchachos de hoy han perdido el respeto por los valores patrios, creo que en tal sentido también la escuela debe cumplir un papel muy importante. ¿Dónde están las clases de civismo, cómo fortalecen ese amor a México, a las instituciones nacionales? ¿Qué hacen los maestros para

que los niños aprendan a amar a México, respetar sus principios y trabajar para su desarrollo social, económico y espiritual?

—Mi padre —le contó Claudio a Daniel— hablaba como si tuviera un doctorado en nacionalismo o fuera el rector de alguna universidad picuda. Qué hueva.

Su amigo Daniel no pareció sorprendido.

—Pues el mío no canta mal las rancheras. Hace muy poco soltó su rollo a dos de sus primos: “Ustedes saben que tengo hijos y que no van muy bien. Incluso, me quejé cuando en la educación secundaria fueron canceladas las clases de civismo, que constituían un importante elemento para transmitir esos valores, esos principios fundamentales”. ¿Qué te parece, mi papá disfrazado de jilguero político? Es casi lo mismo: hablaba como si fuera una asamblea de maestros o de funcionarios de la SEP.

—Sí, en efecto, nuestros padres son del Jurassic Park. A veces pienso que los pobres lo hacen con buenas intenciones, sin duda, pero ya no son los métodos, viven en el pasado muy remoto —Claudio dio por terminada aquella incómoda plática.

El padre de Claudio juega a ser Sherlock Holmes

El otro día, seguí a Claudio para ver qué hacía durante la mañana. Aprovechando este suceso, creo que algo semejante deberíamos hacer todos para saber qué hacen estos muchachos aparte de ver televisión y mandarse correos electrónicos o jugar y perder el tiempo con el celular. Especialmente pensando que pronto saldrán de la preparatoria.

Edmundo Sámano se confesó a sí mismo que en realidad no sabía qué hacer, qué pensar, a dónde ir. Estaba muy confundido, pero, sobre todo, avergonzado, furioso contra Claudio. ¿Cómo era posible que a él, sí, a él, le llamaran la atención por el comportamiento antinacionalista de su vástago? Eso era imperdonable. Pensó que si esto se diera a conocer, sería una afrenta para la familia y enlodaría el nombre de la familia Sámano, tan respetada en los modestos círculos en donde se movía. No lo podía creer. Las quejas escolares se acumularían y los vecinos verían a Claudio como a un vago sin futuro.

Edmundo siguió reconstruyendo la historia. Más tarde, regresé a mi casa y nada comenté, ni a mi esposa. Esa noche no pude dormir pensando en

lo que haría. En cómo reprendería a mi hijo. Qué castigo le impondría. Cómo iba a quitarme de encima la pena de que me hubieran citado en la escuela para reprenderme por las faltas de Claudio. Por fin, concilié el sueño como a las dos de la mañana.

Cuatro horas después me levanté, me bañé, desayuné y comenté que tenía que ir a Puebla, a ver unos clientes. Hice notar la ropa que llevaba y el color, con la intención de que lo recordaran, pues pretendía cambiarme para seguir a Claudio y que no distinguiera el gris claro del traje que llevaba. Más tarde me pondría una chamarra negra, así como una gorra y gafas para despistar a mi hijo.

Yo estaba molesto, irritado, sin saber qué iba a encontrar, con una idea fija: los hijos deben ser mejores que los padres. Salí del hogar, poco antes que Claudio, y contraté un taxi para ver a dónde iba. Cuando el muchacho se dirigió hacia el Metro, tuve que abandonar el coche para seguirlo. Claudio se bajó en el Auditorio y continuó hasta el Castillo de Chapultepec. Allí se encontró con un amigo al que ya había visto, Daniel. Los jóvenes platicaron un rato, y se dirigieron al monumento a los Niños Héroeos, de allí al sitio

donde murió Juan Escutia. Por último recorrieron el Museo de Historia.

Daniel y Claudio salieron del Castillo de Chapultepec y luego de despedirse cada quien tomó caminos distintos, supuse que para su respectiva casa.

La verdad es que me desconcerté, los imaginé preparando un asalto o que iban a fumar marihuana. En casa, comí y repasé la escena vista.

En la noche le pregunté a Claudio qué estaba haciendo. Y qué chasco me llevé cuando me contestó: —Un trabajo para la clase de historia, sobre la guerra contra la invasión norteamericana. No les creo mucho a mis maestros. Hacen una apología de esa época y quise ir a comprobarlo. Hay cosas que me cuesta trabajo creerlas, como aquello de que Juan Escutia se envolvió en la bandera nacional y se aventó para que no quedara en manos de las tropas gringas. Pero ya fui a ver el sitio y me convencí de que es cierto. Ahí está un obelisco que indica el lugar donde cayó el cadete envuelto en la bandera. En fin, creo que ya voy a terminar el trabajo y se lo llevaré el lunes a mi maestra. ¿Sabías que los niños héroes eran menores que yo, papá?

Sólo pude balbucear que no, que no lo sabía. Lo felicité por su búsqueda y descansé profundamente.

Y todos estos malos entendidos me permitieron estar más en contacto con mi hijo, comprenderlo mejor. No cabe duda que no hay mal que por bien no venga. Sin embargo, no dejaba de preguntarme qué le había sucedido a mi hijo, no parecía el mismo, había cambiado de un día para otro.

No obstante, esto me permitió reflexionar: qué alivio, imaginé que se iba de pinta, a jugar con algunos chamacos o a vagar por la ciudad. Y no, estaba comprobando parte de la historia de este país, con uno de sus mejores amigos, Daniel, el que tampoco me inspiraba confianza.

En fin, para terminar el asunto, fui a ver a la directora de la escuela secundaria y le comenté lo sucedido. Con cautela, le pedí que lo vigilaran y le exigieran más trabajos.

Ahora comprendía las actitudes de Claudio, el porqué se burlaba de los símbolos patrios y no ponía atención en honrar a la bandera nacional. Eran simples dudas. Titubeos por fortuna superados. Ahora estoy orgulloso de mi hijo. No podía

fallarme. Ignoro hasta qué punto nosotros, sus padres y maestros, contribuimos a la transformación, pero lo importante es que ha corregido el rumbo.

La directora lo miró con cierta simpatía y le dijo:

—Creo que los muchachos han actuado con inteligencia, pero yo quiero suponer que en el fondo de ese cambio, estábamos nosotros, la familia y la escuela.

Daniel

La suya no era una educación muy rigurosa. Cumplió dieciocho años en el bachillerato. A esta etapa escolar había llegado de panzazo, y eso porque su simpatía personal impedía que muchos de sus maestros lo reprobaran. Le ponían el seis, para no perjudicarlo, decían sus profesores. Tampoco Daniel mostraba mucho entusiasmo por los estudios. Prefería estar con sus amigos, recorriendo calles, buscando muchachas, platicando. Como mala broma, decía que se preparaba para ser el criminal perfecto y matar el tiempo sin recibir castigo alguno. Todo esto lo hacía de preferencia con su

amigo Claudio. Aunque no tenían mucho tiempo de conocerse, realmente se entendían muy bien. Compartieron una historia de pésimos estudios y mucha vagancia, pero en la prepa cambiaron, sin duda por los maestros. O porque sus compañeros mostraban más interés en los problemas sociales. El proceso no fue inmediato, pero luego del primer año, Daniel y Claudio habían evolucionado.

En alguna de las pláticas entre ambos apareció el tema de votar o no. Era más una respuesta a la intensa publicidad que provenía de los medios de comunicación y no porque él o sus amigos estuviesen interesados en algún partido. Desde la secundaria, el maestro de historia había dejado en claro que era inútil votar. Una y otra vez, aquel hombre de unos sesenta años de edad, que despertaba inquietudes en los alumnos, que sabía interesarlos en la historia de México porque contaba de modo muy ameno los hechos y hasta fingía las voces de los grandes personajes, hablaba de su propia experiencia. Era una suerte de monólogo que no le disgustaba a Daniel:

—Miren, muchachos, cuando yo era joven no había más partido que el PRI. Hubo momentos en que obtenía casi el cien por ciento de votos. ¡Ima-

gínense! Hasta los muertos votaban. No había oposición, entonces, ¿para qué ir a votar si conocíamos el resultado anticipadamente? Y ahora, bueno, pues las cosas están peor. Los partidos son una porquería, no hay uno que valga la pena... Todos son unos ladrones, corruptos e incapaces. Viven en medio de pugnas, de escándalos...

Y los alumnos parecían coincidir con su profesor. Al menos ninguno lo refutaba o le exigía ir más a fondo, preguntarle qué sería el país sin partidos y sin elecciones. Pero si en la escuela Daniel no encontraba la explicación adecuada para votar, en su casa sus padres tampoco tenían grandes preocupaciones al respecto. El papá vivía absorto con el futbol y sólo sus problemas económicos lo inquietaban y lo hacían quejarse ante su esposa. Le echaba la culpa de todos sus males al gobierno y de ninguna manera a sus propios errores o falta de empuje.

Daniel veía los problemas familiares a distancia, realmente le importaban poco porque no tenía una noción del futuro que buscaba. Las escuelas para él eran un fastidio, en ninguna se sintió cómodo. Sólo la amistad de algunos compañeros le atraía o al menos le divertía. Con dos o tres de ellos solía irse de pinta, recorrer el Bosque de Cha-

pultepec, algunos museos céntricos o de plano ir al cine o al billar cuando había dinero. En todos buscaban muchachas que ligar y no era difícil: la ciudad estaba llena de estudiantes que querían algo parecido a lo que deseaban Daniel y sus amigos: entretenerse. Allí estaban las afinidades con Claudio, a quien conoció en el tercer año de secundaria.

Del otro lado, del de sus padres, la verdad es que estaban hartos de la indisciplina de su único hijo. Lo habían corrido de multitud de escuelas por insubordinación, pleitos y más de una pillería. De pronto buscaba la forma de sustraer un celular o algo de dinero de las mochilas de sus compañeros.

Como si fuera poco, del servicio militar lo habían expulsado una y otra vez. La última fue memorable y solía contarla:

—El caso es que el buey del sargento, un pinche idiota de medio metro, me dio órdenes que no obedecí y me gritó y que le rompo la cara. Todo el día encerrado en una celda apestosa, me pusieron a limpiar fusiles y a cada rato llegaba otro oficial a echarme una cantaleta sobre la patria y los héroes que se sacrificaron por ella.

Finalmente, el padre de Daniel optó por comprarle la cartilla al muchacho, más bien por pagar por la liberación del documento. No faltó el regaño:

—Claro, hijo, es un documento indispensable para conseguir trabajo. Estoy de acuerdo contigo, nunca entraremos en guerra con otro país, tenemos una larga tradición pacifista, pero es cuestión de disciplina, de respetar las leyes.

Sólo que Daniel pensaba más en jugar billar y dominó que en concluir una carrera y obtener un buen empleo. Las calles ejercían sobre él una influencia muy fuerte. Le gustaba recorrer largas extensiones en compañía de sus cuates. De pronto tomaban el Metro y se paraban en cualquier lugar para caminar por rumbos deprimentes o elegantes. Los contrastes le llamaban la atención. Comían donde podían, según sus posibilidades de ese día, y solían entrar en los centros comerciales a mirar aparadores, perder el tiempo y ver si la predicción de uno de ellos, Jorge, podía ser cierta: conocer mujeres bonitas con dinero y coche. Otro pasatiempo era entrar a Mixup a escuchar discos, estaban allí horas y al final nada compraban. Chapultepec era otro objetivo, allí permanecían mucho tiempo. Platicando simplezas.

Entrar al cine era lo mejor que podía sucederles, aunque ya una vez los habían sacado por platicar escandalosamente, poner los pies sobre los respaldos de las butacas de enfrente y molestar a dos muchachas que optaron por quejarse. Eso era entretenido.

Ya en la preparatoria, el mejor amigo de Daniel era Claudio. Consolidaron la amistad iniciada en la secundaria y quizá por ello sentían una cierta hermandad, al menos coincidían en más de un aspecto. Desde que llegaron a la prepa siete de la UNAM, en Calzada de la Viga, se sintieron vinculados y sin darse cuenta ampliaron el círculo de amistades.

El grupo era amplio, pero ellos dos sentían mutuo respeto, cariño. Una vez, El Tractor, un tipo rudo, violento, de mayor peso, que jugaba fútbol americano, retó a golpes a Claudio. La diferencia de tamaño era evidente, pero Claudio era bueno para pelear, realmente era un peleador callejero, había aprendido a no acobardarse y lo enfrentó. Al principio las cosas iban más o menos parejas, pero pronto el peso y el entrenamiento del Tractor comenzaron a imponerse. En algún momento, Claudio fue a dar al suelo con la boca sangrada.

Daniel no lo pensó, sintió una oleada de violencia perfecta y se lanzó a patadas y puñetazos contra el enemigo común. En efecto, El Tractor era un pinche mamón, llegaba al patio principal vestido (disfrazado, decía Daniel) con toda la ropa, el casco incluido, del equipo de la prepa. En cuanto Claudio pudo reponerse, colaboró en la madrida. El Tractor quedó como si todos los jugadores de la UNAM hubieran pasado sobre él. Lo curioso es que nadie trató de impedir que entre ambos dejaran en calidad de herido grave al muchacho. Lo abandonaron en el suelo, sin ayuda, mientras Claudio y Daniel iban a buscar unas cervezas para festejar el triunfo.

Claudio

Putra madre, qué ganas de beber unas chelas bien heladas, pensó Claudio mientras trataba de recordar la fiesta que comenzó a eso de las seis de la tarde en casa de Daniel, aprovechando que estaba solo. Sus recuerdos eran vagos, sólo le quedaba claro que alguno de los cuates había comenzado una larga discusión política. Eso era, entre ellos, algo extraño. Carajo, estaremos madurando, qué hue-

va, ojalá sólo hayan sido los efectos del ron. Les dije que no lo mezcláramos con esas bebidas gringas tan raras.

El celular sonó. Era Daniel:

—Qué onda, buey, te perdiste luego de la bronca política. A mí nada me quedó claro. ¿A quién se le ocurrió el temita, hijo? Creo que hasta ahuyentamos a las chavas... Ah, se quedaron un rato... Bueno, luego te fuiste con Hilda o qué... No me digas eso, a poco ya estamos rucos, no me digas que sólo los ancianos tratan asuntos de grilla. No, también a los chavos nos interesa la polaca, ¿o a poco vamos a pasar toda la vida bajo control de partidos inaceptables? Claro que no mi buen, por lo menos hay que saber quién y a dónde nos llevan...

Claudio quedó en verse más adelante con el grupo. Era la hora del sermón de la montaña, del regaño de los padres por haber llegado tan tarde o tan temprano y oliendo a puro alcohol. Pero no, el papá le dijo algo que no había pensado jamás:

—¿Ya sacaste la credencial de elector, el plazo está por vencerse?

Daniel y Claudio

Daniel y Claudio fueron cambiando de actitud, gradualmente dejaron sus acciones habituales. Otro era el ambiente que prevalecía en la preparatoria. Lo era al menos con los jóvenes más destacados, los que tenían inquietudes intelectuales, discutían los temas políticos y buscaban a los mejores profesores. Allí, en suma, se vincularon con muchachos muy aguerridos, que no creían en nada ni en nadie, que estaban en contra de todo lo establecido y casi eran anarquistas. No obstante, era un grupo muy estudioso, con buenas calificaciones, que hacía círculos de estudios literarios, filosóficos, políticos, asistían a clases de idiomas, iban a conferencias. Era un grupo preparado, aunque incrédulo de nuestros gobernantes y nuestros políticos. Ningún partido político les convencía. Ellos quisieran formar uno, a su medida, con lo mejor de todos, pero era muy utópico. No tenían clara o bien definida su ideología y menos a quién recurrir.

Por otra parte, la situación del país tampoco les ayudaba mucho. Veían cómo los políticos cambiaban de partido como de camiseta. Y en realidad,

lo que les interesaba era el poder, y con él, el dinero. Los fabulosos sueldos, negocios y prebendas que los puestos políticos, legislativos o burocráticos traen consigo o permiten.

—Ya no hay distinción entre las ideologías. Se piensa que el de derecha se hace de izquierda sólo por conseguir chamba en un partido y viceversa. Ya no se toman en cuenta los principios ni la ideología. Sólo se pretende ganar a toda costa: corrupción, compra de votos, quema de urnas, etcétera —solía explicar un maestro decepcionado de los partidos políticos.

Cuando Claudio y Daniel ya tenían dieciocho años y casi la mayoría del grupo estaba en esa edad, discutieron la conveniencia o utilidad de obtener la credencial de elector. En su casa, sus respectivos papás los estaban presionando para sacar la credencial para votar. Por otra parte, más de un profesor mostraba su repugnancia hacia un sistema político envilecido (era el término que utilizaban). No cabía la menor duda: ellos mismos tendrían que tomar una decisión, considerando todas las posiciones.

Claudio:

—El voto es un derecho con el cual nacemos

todos los hombres y mujeres de este país. Desde que cumplimos la mayoría de edad, podemos ejercer este derecho, el cual nos da la oportunidad de hacernos escuchar y expresar nuestras opiniones, sugerencias e inconformidades. Es la única manera de cambiar las cosas que no te gustan. La democracia es el único sistema que te permite tener algún control sobre sí mismo y sobre la colectividad. El voto es lo único que tenemos los ciudadanos para castigar o premiar a los gobernantes.

—Sí, lo sé —repuso Hilda—, pero también es hacerles el juego a los políticos. Es decirles que creemos en ellos, que volveremos a votar por ellos. Si siempre son los mismos: ahora son gobernadores, después diputados, luego senadores y hasta llegan a ser asambleístas, todo por seguir en el hueso.

Claudio, apoyado por Daniel, trató de razonar lo mejor posible:

—De acuerdo, amiga, pero eso hay que expresarlo a través del voto o asistiendo a los mítines o mesas redondas para exponer nuestras ideas y conceptos sobre tal o cual candidato. De todas maneras, en estos momentos no hay elecciones. Por lo pronto saca tu credencial, ya que te sirve como una

identificación válida y, cuando llegue el momento de votar, lo discutiremos más a fondo.

Tampoco en casa de Daniel sus padres dejaban de preocuparse por el estado de las cosas en el país. Ahora las quejas tenían una orientación: los partidos y el gobierno deben cambiar, deben seguir el rumbo que la sociedad les imponga. Esto es, seguían molestos con los partidos políticos, los veían como una horrenda plaga, pero pensaban que si no contribuían como sociedad, el país quedaría en manos de una atroz partidocracia. A Daniel, este tipo de problemas comenzó a modificarle su conducta rebelde, o mejor dicho, a darle un cauce diferente.

Podríamos decir que la evolución de ambos muchachos era muy semejante y discutían el tema cada vez con mayor apasionamiento con sus demás amigos.

—Está bien, creo que sí es conveniente obtener tal credencial —concluyó Daniel luego de una plática familiar.

En el grupo de Claudio y Daniel, después de varios días de discusiones en las que ambos expusieron sus pláticas con sus respectivos papás, llegaron a una conclusión: “sí hay que obtener la credencial de elector y seguiremos analizando la conveniencia o

no de votar en las próximas elecciones. Total, la charola de algo nos servirá, al menos como identificación”.

Así lo hicieron, y continuaron discutiendo sobre las ventajas de emitir el voto. Al círculo de estudio asistió una nueva compañera, invitada por Juan, que era su prima llamada Arcelia. Ella provenía de una familia de profesores universitarios, sus padres estaban muy bien preparados, ambos con doctorado, uno en historia y el otro en filosofía. Ella iba a estudiar filosofía en la UNAM, donde sus padres eran catedráticos.

Las discusiones sobre las próximas elecciones cada día se ponían más interesantes. Para ese entonces el grupo ya llegaba a las doce personas, cinco mujeres y siete hombres de distintos estratos y disciplinas. Pero muy cordiales entre sí. En verdad congeniaban, se veían con respeto y simpatía. Discutían con argumentos, no con insultos y descalificaciones. Todos tenían el mismo peso y los argumentos eran respetados aunque cuestionados.

Un día, Arcelia puso en la mesa la pertinencia de no votar. Inmediatamente Claudio respingó:

—No, Arcelia, ésa no es la solución. Cuando no votas, no se toma en cuenta para nada ese

sufragio. Ni siquiera se registra. La abstención no afecta al reparto de escaños, o el porcentaje de votos que tiene cada partido. Por tanto, es como si hubieses votado por cada partido de forma proporcional a la representación que obtienen.

En ese momento intervino Pablo:

—Bueno, votemos en blanco.

—Es lo mismo —dijo su punto de vista Hilda, que poco hablaba.

—Efectivamente, la abstención no “debilita el sistema”. Lo hace de una forma teórica y contraproducente, pues son menos los que deciden el destino de todos. Tampoco es cierto que con una abstención muy exagerada se destruiría la democracia, esto es falso: nada de eso viene considerado en la ley electoral, el sistema no contempla la posibilidad de que si no hay equis porcentaje de votos se anula la votación. Ojalá eso existiera y creo que hay que exigir que eso se haga —agregó Daniel con énfasis.

Habló Agustín, otro miembro del grupo, que deseaba ser escritor:

—Ahora, si no queremos votar por un partido, también podemos hacerlo por varios. Y en este caso votarías por la diversidad política. Que es otra opción.

Daniel:

—También habría que considerar que no puedes saltarte o no hacerle caso al sistema, ya que eres parte del sistema. No puedes sustraerte de “los políticos” porque todo lo que haces, lo que compras, lo que estudias, dónde vives y cómo vives es cosa de “políticos” y tu responsabilidad es encargarte de ello. Esto es una democracia. El mandato del pueblo. Tú, el pueblo, decides, para que sea posible de forma inteligente la convivencia y el desarrollo. Y ya no sólo te lo debes a ti, pues, en efecto, debes tomar las riendas de tu entorno y de tu futuro, se lo debes al pueblo. A la gente que tienes alrededor y por la que debes buscar el “bien común”; recordemos a Rousseau que tanto lo cita el profesor Vargas, a la gente que no puede votar, a los que no tienen elementos para hacerlo, a los que tienen menos recursos, a tus vecinos, tus compañeros e incluso a tus hijos. Se lo debes y te lo debes, porque tú eres quien decide. Es tu responsabilidad. Nuestra.

Alejandro, con firmeza dio su punto de vista:

—Votar es sin duda la decisión más importante que puede tener cualquier mexicano, y no debe tomarse a la ligera, porque votar requiere respon-

sabilidad y conocimiento. Tenemos que analizar todas las propuestas y seleccionar la mejor. Puede ser cierto que sea más cómodo ser dirigido que dirigirse, pero es también más peligroso. Y es muy brillante, animado, vigorizador y muy ennoblecedor el ejercicio del voto. De estar seguros de que los que nos van a representar es porque ganaron con el voto ciudadano.

Hilda, que en el transcurso de la discusión había mejorado sus puntos de vista:

—Si queremos que nuestro país, estado, municipio o delegación mejore debemos votar y hacernos escuchar, debemos escoger a la persona más indicada para administrar y resolver los problemas de nuestro entorno o país. Al votar tomaremos mejores decisiones a nivel personal y también como grupo de individuos. El votar debe hacer responsables de las decisiones que toman a los líderes locales y nacionales que salieron electos. De lo contrario, nosotros podemos exigirles que cumplan sus compromisos. Eso es lo que nos falta a los ciudadanos. Exigirles el compromiso adquirido con su elección.

Yolanda:

—Tu voto envía un mensaje sobre los asuntos

que para ti son importantes. El voto confirma nuestro derecho como ciudadanos libres de elegir a nuestro gobierno y de participar en la democracia. Sin votación, no hay democracia.

Claudio añade con intenciones de cerrar una discusión que se alargaba:

—Bueno, es como dijo el maestro Alberto Híjar: la democracia es al final del día lo que forja a las grandes naciones y lo que contribuye en la creación de gobiernos que modifican y engrandecen a los países.

—Después de varias discusiones más, decidieron, en grupo, que en verdad era importante votar, y concluyeron que la próxima vez que fueran convocados a ejercer su derecho al voto en cualquier periodo electoral, reflexionarían sobre su futuro, así como sobre la forma en la que contribuirán con el país. Al votar, se sentirán bien por el solo hecho de participar y hacer que su voz se escuche.

Votar es ejercer un derecho como cualquier otro.

Pero las cosas no eran así de sencillas. Quedaba algo grave, que iba contra sus ideas críticas: ¿por quién votar?

Fue Daniel el que recordó una plática que en su momento le pareció idiota, pero que ahora, bien vistas las cosas, era razonable. No votar por partidos, buscar en cada caso las mejores propuestas, los candidatos de mejor historial, los más limpios, los honestos.

Todavía Claudio alcanzó a decirle:

—¿Y de dónde vamos a sacar a esos señores y señoras perfectos? No hay partido que valga.

Hilda matizó su hostilidad hacia los partidos:

—Uno, díganme uno solo que se salve. Unos por viejos, otros por ladrones, otros por conservadores, otros más por corruptos, ninguno se salva... Pero, ¿qué hacemos, dejarlos que se repartan el pastel y ni siquiera asuman compromisos?

—De acuerdo —dijo Daniel—, estoy de acuerdo, la única forma de buscar un rumbo adecuado al país es votando. Si coincidimos en esto, si no dejamos las cosas en manos de los partidos, podemos hacer conciencia ciudadana. Lo que es imposible es no ir a las urnas. De todos modos alguien ganará...

Claudio entendió bien la idea de su amigo y añadió:

—Podemos buscar al más adecuado para diputado federal, al más digno para asambleísta, al que

tenga un mejor proyecto para delegado. No vote-
mos por partidos, no seamos dogmáticos, votemos
por personas, por las mejores personas.

Con un intercambio de miradas triunfales el
grupo selló su pacto. Y decidieron hacer propa-
ganda entre sus amigos, familiares y vecinos, para
que hubiera la mayor asistencia a las urnas, sobre
todo de los jóvenes, que son quienes tienen en sus
manos el futuro del país.

De esta forma, ejerciendo su derecho a votar,
pueden cambiar el destino del país, que no los
convence del todo. Que es posible perfeccionar,
contribuir al esfuerzo que el país en su conjunto
lleva a cabo. La verdad es que se sentían bien.
Todos ellos.

Claudio sentenció, sintiéndose un joven ma-
duro:

—No creo que votar sea un problema simple-
mente de democracia o patriotismo. Es pura inte-
ligencia: una forma de vivir bien, con decencia y
dignidad.

Los pollos pelones y la democracia

Eugenio Aguirre

NACIÓ EN LA Ciudad de México en 1944. Narrador, ensayista y guionista de cine. Estudió derecho y obtuvo la maestría en Literatura en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Recibió la Gran Medalla de Plata 1981 otorgada por la Academia Internacional de Lutece, París, por su novela *Gonzalo Guerrero*, y el Premio José Fuentes Mares 1988 por su novela *Pasos de sangre*.

Entre su numerosísima obra destacan *Victoria*, Joaquín Mortiz-Planeta, 2005; *Gonzalo Guerrero*, Alfaguara, 2003; *El hombre baldío*, Aldus, 1998; *El rumor que llegó del mar*, El Pirul, 2001; *La lotería del deseo*, Alfaguara, 2003; *La fotografía del hombre colgado*, La casa ciega, 2005; *La cruz maya*, Planeta, 2006, e *Isabel Moctezuma*, Planeta, 2008.

Han pasado muchos años; sin embargo, recuerdo los sucesos con una nitidez sorprendente, tal y como si estuviesen sucediendo frente a mis narices. Ese día, lunes siete de febrero de 1961, a las ocho en punto de la mañana, asistí a mi primera clase en la Facultad de Derecho de la Universidad Nacional Autónoma de México. Por fin, a los dieciséis abrilés, se me había cumplido un sueño largamente acariciado y estaba sujeto a una emoción tremenda que se manifestaba en mi piel convertida en carne de gallina y en innumerables gestos de origen nervioso que me hacían parpadear, fruncir los labios y mover las fosas nasales de un lado a otro como si fuese un conejo encandilado. Sentía que la corbata, cuyo nudo había improvisado a manera de chilaquil ranchero, se me incrustaba en la garganta y amenazaba con ahogarme, y que el trajecito

Macazaga, comprado por mi padre para la ocasión, no sólo me quedaba ajustado sino que estaba tan planchado que parecía un cajón de muerto de pino de segunda.

El salón de clases era un verdadero desmadre. Todos nos mirábamos con asombro y con ese aire retador de “a mí me la persinas, cuate”, que se usaba entonces, y cada cual hacía lo que le venía en gana. Esperábamos, expectantes, la aparición del maestro de Derecho Romano, Francisco Armas Farías, apodado Paco el Elegante, sin tener la menor idea de qué trataba la materia, pues lo único que sabíamos acerca de los romanos era que habían sido una bola de cabrones que se dedicaban a matar cristianos en el Circo, pues acababan de pasar en el cine Palacio Chino la película llamada *Gladiator*, cuyo muchacho chicho era nada menos que el galanazo Víctor Mature, quien hacía derrapar de pompas a las señoras y a las jovencitas cada vez que, enarcando una ceja, se enfrentaba con un león y le retorció el pescuezo o ensartaba a alguno de sus rivales con el tridente que empuñaba en la mano derecha.

Paco el Elegante, un hombre delgado, de apos-tura aindiada y vestido como un maniquí, inició

su clase con un latinajo de Diocleciano que nos dejó turulatos, a fin de explicarnos cómo éste había dividido el Poder sin dividir el Imperio y fortalecido al Senado. Quedamos confundidos y guardamos silencio. Luego, ya dueño de la situación, el maestro continuó su cátedra con el tono de un patricio que está por encima de las vulgaridades de la plebe y cuya sabiduría y prestigio están exentos de cualesquier mácula humana.

Nuestras manos corrían apresuradas sobre los cuadernos o las hojas de papel donde hacíamos apuntes de lo poco que lográbamos pescar de los labios del maestro, hasta que de pronto, sin agua va, la puerta del salón se abrió violentamente, un pelafustán metió medio cuerpo y gritó a pulmón batiente: “Jiménez, tu mamá se está haciendo pipí desde el trampolín de diez metros de la alberca universitaria”. Luego, echó una carcajada, nos recorrió con una mirada embozada detrás de unos enormes lentes ahumados y nos dijo: “¿Cómo les quedó el ojo, pinches perros muertos de hambre?”; y se largó tan campante como Pedro por su casa.

Nuestra primera reacción fue de azoro. Después, entre cuchicheos, risitas e ignorando la presencia del maestro, nos dedicamos a identificar al

mentado Jiménez, con el resultado de que había *dos* en la clase, quienes sin guardar las formas que debían a un claustro universitario comenzaron a discutir sobre cuál de sus respectivas madres era la presunta culpable de aquella inaudita felonía, hasta que se liaron a madrazos.

Paco el Elegante, empero, no perdió la compostura. Con los labios apretados expresó: *Acta est fabula*, que quiere decir “la comedia ha terminado”, y abandonó el salón con pasos medidos, no sin antes comentar más para sí que para la runfla de botarates pendientes de la pelea entre los dos Jiménez: “En este pueblo ya no hay respeto. Se han perdido los valores que nos permitían vivir como gente civilizada”.

Yo, que alcancé a escuchar su reclamo gracias a que pasó por mi lado, sentí que un puñal de obsidiana me atravesaba el pecho, y, por unos segundos nada más, pues no se trata de echarle crema a mis tacos, quedé conmovido. Cuánta razón tenía nuestro maestro. Le habíamos faltado al respeto como si fuésemos verduleras disputando por el precio de una longaniza. En efecto, ¿dónde estaban los valores necesarios para sustentar una convivencia armónica y civilizada?, ¿dónde?

La clase de las nueve no llegó a celebrarse. Nuestro salón fue invadido por una horda de estudiantes de segundo grado, quienes deseosos de vengar en nuestras personas la afrenta que, a manera de novatada, habían sufrido el año anterior, se apersonaron con el objeto de rapar nuestras cabezas y pintarrajearnos las caras y el cuerpo con los colores estridentes y fosforescentes que acaba de lanzar al mercado la fábrica Sherwin Williams.

Cada uno de aquellos barbajanes, al grito de “¡Ora sí, pollos pelones, ya les venimos a dar su *maiz!*”, seleccionó a su víctima y se le arrojó encima con un encono digno de mejores causas. No tuve tiempo de defenderme, y menos, como dice el corrido de *Juan Charrasqueado*, de montar en mi caballo para hacer una graciosa huida. Cuando quise reaccionar, ya me tenía agarrado por los pelos un individuo güerejo y esmirriado a quien identifiqué de inmediato como Luis de Pablo, pues amén de ser vecino de varios de mis amigos de la colonia donde vivía, era el hermano mayor de Carlos, uno de nuestros contlapaches.

Yo me le quedé mirando con enfado y le espeté: —¿Qué te traes, Luis? ¿Qué no somos amigos?

—¡No, mi cuate; en este momento soy tu verdugo y, cumpliendo con las tradiciones de esta facultad, te voy a dejar más pelón que una sandía!

—¡No la jodas, Luisito! —respondí con un tono zalamero para ganarme su buena voluntad—. ¡Qué no ves que hoy comienzo a trabajar en un bufete de abogados y tengo que estar presentable!

—¡Pues ni modete, mi viejo! ¡De que te rapo te rapo! Además, para que veas que soy buena onda, una vez que acabe, te voy a echar brillantina *Glostora* y vas a quedar con el coco reluciente! ¡Vas a causar envidia, viejito! ¡El licenciado pelón por aquí, el licenciado pelón por allá! ¡Uy, todo un personaje!

Sus manos trabajaron con rapidez. Las tijeras semejaban enjambre de avispas. Yo nada más oía los tijeretazos y veía caer los mechones sobre el suelo, a esas alturas completamente embadurnado con guirnaldas solferinas.

—¡Ya estás, mi cuate! —dijo de pronto—. ¡Mira, hasta me quedaste guapo! ¡Te pareces al pelón Yul Brainer en la película *El rey y yo*! Ahora, vamos a ponerte maquillaje —agregó mostrándome una brocha empapada con pintura color verde.

—No, por favor no, Luisito, Luisón! ¡No seas mula, mira que tengo que trabajar! ¡Acuérdate

que “los valientes no asesinan”! –recurrí a la frase de Guillermo Prieto que había salvado la vida a don Benito Juárez, para motivar su compasión y, aunque parezca increíble, mi verdugo se con-
tuvo.

—La verdad es que no se trata de humillarte, mi cuate –dijo con una sonrisa en los labios—. Nada más cumplir con la *perrada* que debe pagar tu generación. El año entrante ustedes serán los malditos. Pero, mira, para que no te vayas triste, puedo asegurarte que el cabello te va a salir de nuevo, grueso, rizado y sedoso... Y ahora lárgate con tus chivas a otra parte, pues no quiero que me pinten a mí por tu culpa. Hasta la vista, perrito.

Salí de la facultad regurgitando, al igual que las vacas, sensaciones hartamente contradictorias, porque nunca había vivido en forma tan patente el abuso y autoritarismo de unos cuantos sobre un grupo indefenso de estudiantes. Por un lado me sentía avergonzado con mi aspecto, mortificado por no haberme defendido como los meros machos, y, por el otro, fraguando venganzas que mucho tenían de sacrificios humanos. “La próxima vez que lo encuentre lo voy a moler a patadas. No, mejor, le voy a partir la madre y luego me voy a orinar encima de

sus cachetes”, refunfuñaba mientras me subía al camión de la línea Insurgentes-La Villa, que me transportaría a mi destino.

Ocupé un asiento junto a un viejecito pulcramente ataviado que tenía la pinta de notario o de contable de un banco, quien masticaba abstraído su dentadura postiza, al tiempo que carraspeaba y elaboraba unos gargajos descomunales que, si los hubiese escupido a la calle, habrían matado a varios transeúntes.

La ausencia de cabello en la cholla me hacía sentir desnudo. Además, los pelos se me habían metido a través del cuello de la camisa y la espalda me picaba como si tuviese liendres. Mi encarbonamiento era severo, pero aún no había alcanzado la dimensión del paroxismo. No, porque todavía no sabía lo que me esperaba.

El camión llegó a la altura del parque Álvaro Obregón, conocido como La Bombilla, y se detuvo con un chirrido de frenos. Una sombra amenazante cubrió el vano de la puerta. Un gigante, provisto con unos lentes oscuros y que calzaba unos zapatos con plataformas de piel añadidas a las suelas para elevar su estatura hasta sobrepasar los dos metros, subió y se detuvo junto al asiento del cho-

fer, a quien propinó un pescozón que nos dolió a todos los pasajeros.

—¡Compañeros, sabios que sobrepasan la talla de Justiniano, Procopio y don Fernando Casas Alemán!, apiádense de este pobre ciego que, al igual que ustedes, brilló en las aulas universitarias, y cáiganse con un tostón, un peso o, de perdida, un veinte, compañeros! —chilló, mientras avanzaba por el pasillo con la mano extendida.

—¡Guama, excelso *procurator*, príncipe de las tinieblas! —no tardó en saludarlo algún fósil que iba sentado en la parte trasera y comenzó a aplaudirlo—. ¡Ven acá para que comparta contigo la torta de chorizo que me dio la rectoría para que convenza a los porros de Palillo que se mantengan sosiegos!

Guama, nombre que había sacado de un célebre pasquín que circulaba en la ciudad y cuya celebridad se debía a su descomunal apariencia y a haber sido adoptado como mascota de la UNAM, junto con el puma, en los partidos de fútbol americano que ésta jugaba contra la escuadra rojiblanca del Poli, sólo sonrió y continuó su camino.

Yo, al advertir su cercanía, sentí que la piel se me enchinaba y que mi rostro empalidecía. Grave

error porque Guama no era ciego, nada más lo simulaba. No tardó en poner una de sus manazas encima de mi mollera, repasarme el cocoliso y exclamar: —¡Ay, pero si es una jícama calva! —Y, a continuación, cantar:— ¡Pelón, pelonete cabeza de cuete! —Y rematar:— ¡Pero si eres un *perro*, m'ijo! ¡No, tú no me des nada! ¡Tú, de seguro, eres más pobre que yo y no sabes lo que es comer caliente...! —Y se pasó de largo el desgraciado.

El viejecito se revolvió sobre sus nalgas puntia-gudas, mientras pulsaba un bastón de madera que llevaba entre las piernas, y masculló para sí: “Estos léperos no respetan a nadie. Ya no existen los valores de la gente decente. No entiendo cómo dejan a estos pelagatos andar sueltos por las calles, son unos igualados y unos libertinos”.

Su alegato me cayó simpático, pues en mis circunstancias quise asumirlo como algo propio. Estaba a punto de hacérselo saber, cuando, ¡oh desgracia!, la loca de San Ángel se trepó al camión y, ondulando su gordura y sus brazos flácidos y llenos de manchas, se me arrojó encima para decirme: —¡Ricitos de oro, pero dónde te habías metido, muchacha! ¡Miren qué cuero de muchachita, o eres muchachito, mi rey! ¡Ay, déjame besar tu ca-

becita monda y lironda..! –Ya no recuerdo cuántas procacidades me dijo la maldita, porque el viejecito, presa de la intolerancia, se incorporó y comenzó a golpearla con su bastón, a la vez que rugía convertido en un energúmeno: —¡Deja a este pobre estudiante, lépera, tráfuga del metate, ramera, suripanta, celestina! –Y sin recobrar el aliento, intentaba exorcizarla con los dedos en cruz y escupiéndole:— ¡*Vade retro Satanás!* ¡Vuélvete al infierno de donde saliste!

Como pude, me escurrí por entre las lonjas de la loca, logré escapar de sus requiebros amorosos y abandonar el camión antes de que me violara o de que el bastón del viejecito terminara por desmadrarme la crisma. Quedé parado sobre la acera con la visión nublada y una temblorina del demonio. “La culpa de todo esto la tiene el gobierno, que no hace nada por defender los derechos de los ciudadanos”, pensé recurriendo al lugar común más socorrido entre los mexicanos de echarle la culpa de todo lo que nos sucede al *papá gobierno*, así se trate de fenómenos naturales impredecibles o de acontecimientos que suceden en otras latitudes, como pueden ser el nacimiento de enanos trillizos en Siberia o los desplantes de la diputada italiana

Chicholina, quien acostumbraba sacarse las tetas durante los debates parlamentarios para enfatizar su desacuerdo. Sin embargo, pronto recapacité y me vi precisado a aceptar que la responsabilidad de nuestros males era nuestra y de nadie más. “Tenemos que modificar nuestra forma de pensar a fin de cambiar el sistema del régimen que nos gobierna y para que todos participemos en él con nuestras ideas y opiniones, y las decisiones sean tomadas por consenso y el respeto cabal de nuestro sufragio”, me dije y, enseguida, interrogué: “¿cuál podrá ser la respuesta?”. Sin embargo, a los dieciséis años de edad y acostumbrado, como estaba, a vivir bajo un régimen autoritario, prepotente y que todo lo resolvía a base de atole con el dedo, estaba muy lejos de vislumbrarla.

Durante el resto de aquel día funesto, debido a que la casualidad me había dado una apariencia diferente, tuve todavía que padecer innumerables descalabros en contra de mi dignidad y mi persona. Viví en carne propia la intolerancia, la marginación, y kilos, qué digo, toneladas de falta de respeto.

Regresé a casa más cabreado que un toro de lidia ensartado con seis pares de banderillas. El rencor y los reproches se me salían por los ojos. Arro-

jé mi portafolios encima de un sillón y me senté a la mesa del comedor para compartir la cena con mi familia. Mi padre, con la mesura y prudencia viril que lo caracterizaban, no hizo alusión a la pérdida de mi cabello, guardó silencio y dejó que me desahogara. Cuando terminé de expresar mi inconformidad y de hacer todas las reclamaciones que llevaba encima, me dijo: —Veo que has comenzado a enfrentarte con la cruda realidad que priva en el mundo de los adultos. Lo que te ha sucedido no es más que un pálido reflejo de lo que acontece en un país donde, por mucho que nuestros predecesores hayan luchado y sacrificado sus intereses personales en beneficio de la patria, no hemos encontrado aún la forma de convivir dentro de los valores de convivencia civilizada que sólo pueden obtenerse a través de la democracia.

—¿Democracia? —pregunté con extrañeza. ¿Hablas del *gobierno del pueblo* ensayado por los griegos y de los valores emanados de la filosofía que le dio sustento?

—¡Precisamente, hijo! A esos valores se referían tanto tu maestro de Derecho Romano como el viejecito que te defendió en el camión. Esos

principios, algunos de los cuales fueron consagrados en la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano, durante la Revolución francesa, ya que aunque están plasmados en nuestra Constitución política y a pesar de los intentos que se han hecho para darles una causalidad normativa, la verdad es que no se han aplicado a cabalidad por los regímenes que nos han gobernado; y lo peor, y más grave todavía, es que no han logrado penetrar en la conciencia de los ciudadanos que los han malinterpretado, o, de plano, olvidado.

—¡Tú quieres decirme..! —atiné a pronunciar, sin terminar la frase.

—Que si los estudiantes universitarios entendiesen lo que es la *igualdad* política y social de todos los ciudadanos, no harían distinciones entre los de primero y segundo grado, ni se hubieran atrevido a vejarlos y humillarlos en la forma en que lo hicieron. Menos, por supuesto, a llamarlos *perros* o *pollos pelones*, dadas las circunstancias. Tampoco se hubieran dado los incidentes del camión. Se te insultó porque, en ese momento, eras diferente...

—Pero, papá, Guama y la loca...

—Son tolerados por la ciudadanía que utiliza

los transportes públicos y les permite comportarse con un libertinaje que excede con mucho el valor del derecho a la *libertad* consagrado en nuestra carta magna. El único que salió en tu defensa fue el anciano consciente de tus derechos. Los demás son cómplices, esto es, *responsables* de las consecuencias de los actos cometidos por ese par de irresponsables que deberían ser vigilados y atendidos por las instancias de salud pública del Estado. Es responsabilidad de todos el exigir un trato igual para todos, “sin importar nuestro color de piel, idioma, sexo, religión, edad, condición social o económica, y, en el asunto que nos ocupa, el aspecto físico”. El hecho de que alguien sea o se vea diferente no autoriza a los demás a cebarse en su persona.

—Pues a mí me chocan los pelones; por ahí dicen que, al igual que los maricas, dan mala suerte —intervino mi hermano mayor, mientras se llevaba la mano hasta el copete y le daba unos tirones.

—¡Porque eres intolerante, Miguel! —gruñó papá con un acento que obligó a mi hermano a tragar el bocado de sopetón y ponerse colorado—. Cuántas veces les he dicho que debemos ser *tolerantes* con aquellas personas que son distintas a

nosotros, inclusive en sus preferencias sexuales —continuó sin que nos dejase interrumpirlo.

—Muchas, papá —confirmó mi hermana Alicia con entusiasmo—. Tú nos has dado ejemplo del *pluralismo* con que debemos conducirnos frente a las diferentes formas de ser, pensar y actuar de los otros, en las reuniones con la familia de mamá, en los partidos de fútbol e, inclusive, cuando nos llevas a presenciar las corridas de toros. Nunca se me va a olvidar cómo pusiste en su lugar a aquel extranjero que se puso a criticar la fiesta brava, diciendo que éramos una partida de salvajes. Cómo, después de darle tus argumentos en defensa de la lidia y escuchar los suyos en contra, le callaste la boca con aquello de “¡Mire, usted y yo nunca vamos a lograr ponernos de acuerdo y, obviamente, no coincido con sus apreciaciones; pero le puedo asegurar que las respeto y, más que nada, que estoy dispuesto a dar la vida por el derecho que, en ejercicio de su libertad, tiene usted para expresarlas!”.

—¡Ole! —ovacionó mi hermano—. ¡Eso fue lo que dijiste, papá? ¡Pues, ole y más ole! ¡Eres todo un demócrata! Y yo de baboso que no me había dado cuenta.

—Aquí no se contradice a nadie, Miguel —dije en son de guasa—. Menos delante de papá. A mí también me cayó bien gordo lo que dijiste de los pelones, pero me gustó tu participación porque con ella has provocado un diálogo que cada vez se pone más sabroso...

—Un *diálogo* que es indispensable para el intercambio de ideas, necesidades, razones y, sobre todo, principios, cuya expresión nos permita una convivencia pacífica, armónica y civilizada —sintetizó papá para que lo entendiéramos—. En esta casa, y su mamá no me dejará mentir, hemos vivido con los valores que les he inculcado y que son indispensables para una existencia democrática. Aquí, y ustedes lo saben muy bien, se respetan las decisiones de cada uno de los miembros de la familia y las cosas se definen por el consenso de la mayoría...

—¡Sí, papá! —interrumpió Alicia—. Así hemos sido educados por ti y por mamá. Se acuerdan —dijo, dirigiéndose a Miguel y a mí— cuando papá nos consultó si deberíamos tener un pequeño negocio de pollos de engorda para ayudar al presupuesto familiar y nos pidió que votáramos y la decisión la tomamos por mayoría porque tú, Mi-

guel, que siempre has sido un güevón de cuarta, votaste en contra con el pretexto de que tu novia te iba a rechazar porque tu piel se impregnaría con el olor del alimento de gallina y te iba a hacer el fuchi.

—Me acuerdo —consintió Miguel con el rostro avergonzado—. Pero al final de cuentas, bien que cumplí con darles de comer todas las noches su *purina* y, luego, pesarlos y colocarlos en sus jaulas para llevarlos con el pollero que se encargaba de la distribución.

—Trabajo fácil, hermano —intervine—. Porque a mí me tocó ponerles la vacuna contra el Newcastle y, mientras estaban chiquitos, limpiarles con un pedazo de algodón el culito para que no se taparan con el excremento y explotaran... Puf, qué asco me daba, pero mi voto me había comprometido y no me quedaba más que la obligación de cumplir con tan ingrata tarea.

—¡Ay, no te hagas la víctima, peloncito! —dijo mamá, mientras nos servía unas raciones de puré de papa delicioso—. Yo bien que me hice cargo de curarles las heridas con aquella pomada roja apesotosa para que no se picotearan entre sí y cundiera el canibalismo a que son proclives los pollos. Cum-

plí y nunca me quejé de nada. Era mi responsabilidad y, además, la forma de participar para el beneficio de toda la familia. No en balde les hice a ti y a Miguel unas camisas padrísimas con la tela de los costales de alimento que tenían unos rombos colorados en la espalda...

—¡Claro, mamá! —exclamó Alicia—. Gracias a que todos unimos esfuerzos en una causa común y a que la decisión la tomamos en forma democrática, nos fue requetebién y papá pudo arreglar la casa, procurarnos una mejor educación y hacer muchas cosas buenas para la vida familiar, como pasarle una pensión a la abuelita y comprarle ropa a los hijitos huérfanos de mi tía Tere.

Han pasado muchos años, ya lo dije, mas ahora veo con entusiasmo y alegría que los valores de la democracia no se quedaron solamente en mi familia, sino que la sociedad mexicana ha alcanzado la madurez necesaria para que, por fin, los ciudadanos comencemos a ejercer, con nuestro voto, la democracia, y que, si nos comprometemos y no aflojamos, tendremos gobernantes honestos, sensatos, dignos, comprometidos con la sociedad que representan, y que, con un sentido

patriótico, trabajarán en beneficio de todos y no sólo de unos cuantos. Además, mediante la aplicación de los valores propios de una democracia, incorporados éstos a nuestro sistema legal, podremos exigir y, en su caso, reclamar, el progreso justo, equitativo, armónico y civilizado de nuestra sociedad, que tanto ha esperado por que se le cumpla como bien merece.

Los superhéroes de la democracia, Todo por una hoja, Votar o qué onda, Los pollos pelones y la democracia terminó de imprimirse en los talleres de Imprenta Juventud, S. A. de C.V., Antonio Valeriano 305-A, colonia Liberación, delegación Azcapotzalco, México D.F., en septiembre de 2009. El cuidado de la edición estuvo a cargo de Nilda Iburguren, analista correctora de estilo. El tiraje fue de 6 000 ejemplares impresos en papel bond ahuesado de 90 gramos y forros en cartulina cuché mate de 210 gramos. Se utilizaron las fuentes tipográficas Frutiger y Goudy.